3 1761 09545040 9

oteca de Escritores Gallegos Volumen V

MANUEL LINARES RIVAS

ENTRAS SUENA LA GAITA...

MADRID
Librería de los Sucesores de Hernando
Calle del Arenal, 11
1910

BIBLIOTECA DE ESCRITORES GALLEGOS

VOLUMEN V

MIENTRAS SUENA LA GAITA...

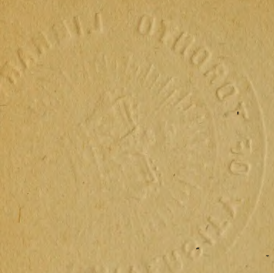
LS
L7356mi

MIENTRAS SUENA LA GAITA..., POR MANUEL LINARES RIVAS

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

354815
16. 9. 38

MADRID :: MCMX :: IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA, SAN ROQUE, NÚM. 7



ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

MANUEL LINARES RIVAS

No trato de hacer un prólogo, sino una semblanza, ó, mejor dicho, una ofrenda.

Es tan culminante la personalidad del insigne escritor y tan menguada la mía, que el solo hecho de pretender encabezar un libro suyo, rico, generoso, subyugador, con unas palabrejas mías, zafias, ramplonas y pueriles, supondría atrevimiento, por no llamarle pirueta de payaso.

Pero...

Yo tenía que pergeñar unos renglones, avanzada de esta obra, cebo para el enemigo, prólogo en el caso de admitir el vocablo sin que tenga sonido de ultraje... Así lo ha dispuesto quien ha podido, y así se ha hecho con los libros anteriores á éste, que ha publicado la «Biblioteca de Escritores Gallegos» para deleite de dioses y envidia de morta-

les, á excepción de mi Encanto de sus manos, *que, como urdido por las mías, había de resultar desencantador.*

Pero torno á mi cuento.

Decía que, hallándome en el trance de pergeñar las tales desdichadas palabrejas, tuve la fortuna de toparme con el ilustre comediógrafo, y el atrevimiento de manifestarle mis propósitos.

—Estoy haciendo un prologuito para su obra. ¡Cosa fina!

Linares guiñó un ojo, sonrió largamente con esa su sonrisa epigramática, y me atajó.

—¿De incógnito?

—Y riguroso. ¡Quién se atreve á firmar!

—Usted mismo.

—¿Yo?

—Sí. Bajo su firma evitaremos el exceso de elogios que me dispararía cobijado bajo el anónimo cobarde.

—Entonces, ¿quiere usted que me atreva?

—Lo exijo, si con ello va ganando mi modestia. Diga de mí, muchas atrocidades.

Y el poeta de Bodas de plata, *el trágico de* La divina palabra, *el irónico de* El abolengo, *el cantor delicado, exquisito, de* El caballero Lobo, *sonrió nuevamente y desapareció.*

Yo me quedé un instante pensativo, no sé

si orgulloso, no sé si cuitado. ¡Prologar á Linares! El estupor de una pobre obrerilla á quien de pronto le entregaran oros, tules, sedas, plumas, brocados y joyas, no se pudiera comparar con mi estupor. Pero, ¡qué diablo!, al fin la obrerilla hubiera encogido sus hombros y hubiera dibujado en su boca un mohín de vanidad para decir: «Cuando tales cosas me regalan, debo merecerlas.» Y así yo, encogí también los hombros, resplandecí un momento y exclamé: «¡Bah!, cuando el caudillo lo manda, debe fiar en la pericia de este soldado, un poco espadachín y bravucón, pero falto de toda insignia, prebenda, señorío, blasón y merced ganada en las contiendas literarias.»

Y aquí me tienes, lector, á vueltas con mi propio azoramiento y con mi propia incapacidad, prologando al autor de María Victoria.

Pongo un dedo sobre mi mejilla, bajo los ojos, medito...

De bueno, nada debo decir. ¿De malo? ¿Será posible escurrir alguna maledicencia?

¡Ah, sí!

Oye, lector.

*
* *

Linares Rivas será todo lo ameno, lo culto, lo refinado, lo psicólogo, lo ingenioso, lo tierno, lo genial que quieras, lector de mi alma. Pero Linares Rivas tiene un tremendo, un formidable defecto que no quiero dejar inadvertido.

Linares Rivas es el único dramaturgo gallego y uno de los primeros de España. No sólo me complazco en reconocerlo, sino que, para mí, lo tengo por el mejor, que si bien no compuso Los intereses creados, *dió la zarpa de su lobo un tan fiero arañazo al gallo de Rostand, que lo dejó cacareando y moribundo. Todo esto es verdad. Pero ha tenido Linares una mala ocurrencia, imperdonable, que habrá de pagarla cara.*

Linares Rivas es un maravilloso cuentista y un novelista egregio, como lo prueba el libro presente. Es un espíritu atento, complejo y sutil. En su intelecto hay fulgemias galas, todo delicadeza; ramalazos castellanos, todo enjundia; y agudezas galaicas, todo sagacidad. Pero en su vida hay un yerro inaudito que no admite disculpa.

Linares Rivas es, además de esto, un hombre adorable, con el que se puede conversar sin temer al monstruo, sin que sea necesario conmoverse ante un insólito parto de la

Naturaleza, como acontece con más de cuatro zarramplines. Es un hombre sencillo, con una ingenuidad ¡tan frívola, tan divinamente banal, con un tan poco remontarse á las nubes y un tan mucho descender á la tierra...! Es un hombre que á solas se codea con Hugo, y en compañía con Balsa de la Vega. Pero, ¡es tan grave su culpa!

Y, finalmente, Linares Rivas, al que debe su región un admirable literato y su dramaturgo único; al que debe una ejecutoria de hidalguía espiritual; al que debe eterna gratitud por haberle ofrecido su mejor obra, una estupenda, definitiva obra, su Flor de los pazos, *todavía inédita, leyendo la cual, se humedecieron mis ojos, se hendió mi corazón, y corrió por mis nervios el calofrío de lo que es soberano en arte, Linares Rivas no ha incurrido todavía en la vulgaridad de admitir un banquete, ni de tener calle, ni de aceptar una estatua. Pero...*

Pero no puedo seguir escribiendo. Con lo que llevo dicho terminó el espacio que en este libro, llamado á ser inmortal, le ha sido permitido á mi pluma pecadora. Casi siento deseos de callar el gran delito de Linares.

¿Cuál es?

Su candidez paradisíaca.

¡Se ha fiado de mí!

Buscó mi firma para evitar el rubor de unos elogios.

No sé si están hechos. Algunos más añadiría si dispusiera á mi antojo del papel que me falta.

¡Fiarse de mí!

Maestro, admito como justo su rencor. Merezco sus iras. Pero en otra ocasión hará falta mayor suspicacia.

Que si usted es gallego y, por lo tanto, un poquitín cazurro y un si es no es desconfiado, yo no lo soy menos, y por una vez he dado ciento y raya al más listo de cuantos tuvieron la suerte de nacer en Galicia.

Luis Antón del Olmet

MIENTRAS SUENA LA GAITA...

I

Apartados cien metros... y ya la romería no era más que un rumor y un débil centellear de gusanitos de luz, que á eso no más se asemejaban los farolillos de papel de colores, puestos en las mesas y en las varas de los carros para alumbrar á los consumidores de rosquillas, de jarros de vino y de efigies del Santo Patrono, el señor San Cosme. Y todo por igual, rosquillas y medallas, entraban en el consumo, que si unas alimentaban el cuerpo, las otras eran espiritual alimento de los romeros...

Cien metros apenas y ya la montaña recobró su augusta soberanía, hecha de silencio y de misterio y de ramas que crujen porque los trasnos se balancean en ellas ó porque la Madre Diablesa las pisa torpemente con su mal andar de cojuela y su mal ver de bisoja, que hasta por las roguedas deja marcada su planta de tres uñas, que no hay fuerza de hombre que la borre durante la noche, y sólo el canto del gallo y el alborear del sol logran borrarla con la luz del día...

La luna andábase en juegos con las nubes, y

unas veces era claridad y otras eran sombras. Pero más miedo aún eran las claridades, que al filtrarse en lo alto por los pinos y en bajo por los contornos de los cómaros, siguiendo las caprichosas líneas de las retamas, formaban luego en los claros unos dibujos de personas y de bestias tan deformes, que así Dios me salve como que eran retratos de almas en pena, á no ser que fueran las mismas almas que, sin cuerpos, se reposaban del eterno caminar á que por su castigo venían condenadas...

Yo no juro que lo fueran, que en eso del jurar hemos de andarnos más por lo despacio para no hallarse en camino de perder la salvación más que deprisa, pero sí digo, con la fe del señor abade de Monteferroso, que es hombre de bien y de luces naturales y más va para santo, que Dios permite muchas veces que tales dibujos, hechos en la sombra por donde fallan los resplandores, sean linajes y parecido de seres del pecado, y de Monteferroso mismo, el dicho señor abade tuvo que ahuyentar de las puertas de una casa el retrato mortal de una mujer que en vida fuera coima, que es como decir que fuera mala y que le anduvo en pasos de cortesana, para no mentar cosa de peor entender en oídos de gente honrada.

Cien metros llevaban ya alejados de la romería. La luna no era más que un resplandor, y la gaita, que sonaba ronca y monótona, no era más que un eco, y la moza y el mozo seguían su rumbo, sin rumbo ni dirección, buscando más las sombras que los claros, que á nada tenían miedo, ella pensando en el miedo de llevar tan cerca al mozo, y el mozo embebido con el ansia de ella.

¿Cómo fué...? ¡El diablo que lo cuente...!, que andanzas son de demonios estos besos que comienzan furtivos y acaban quietos y posados en los labios, como pájaros que en su propio nido entraron á descansar, y quedos se están porque en lo suyo se huelgan. ¡Que lo cuenten los viejos, reidora la desdentada boca y entornados los ojos por la maliciosa complacencia del que piensa que es propia la ajena picardía! ¡Que lo cuenten los mirlos, que dejan el cantar buscando á saltitos los granos de maíz y los insectos, y en seguida dejan el comer para cantar de nuevo! ¡Que lo cuenten, si quieren, las mismas mozas, que todas ellas saben en dónde está la mata de tomillo y de hierbaluisa que hace resbalar á las mozas cuando el mozo amoroso las empuja...!

El caso es que fué. Sonaba la gaita cuando abandonaron el círculo de bailadores; sonaba, mientras seguían, vereda arriba, por la santa montaña en que el señor San Cosme tiene su ermita, y sonaba aún, rumorosa y mansa, cuando sus oídos dejaron de escuchar todos los sones de la tierra para entender la divina estrofa que á Venus se ofrece y que Priapo consuma, en honor de su madre Afrodita y de su padre Dionisos.

Nublóse la luna, cantó el ruiseñor, aletearon más rápidas las palomas salvajes, y la tierra entera, como ánfora consagrada, exhaló en el rocío un vaho de perfumes y de agrestes aromas que envolvieron, en divino sahumo, la ofrenda de los sacrificadores al humano deseo.

Y mientras ellos suspiraban, cada vez más rápidos, y á la fin cada vez más hondos y más entrecortados, con los suspiros y con el gemir del aire y con el frote de las hojas del suelo, que también á gemidos se daban traza, mezclóse el

son, de eterna suspiradora, que la gaita da á los vientos y los vientos esparcen por montes y valles, llevando á los senderos y á los casales y á las aldeas, como el eco del canto de unos dioses que no supieran más que llorar ó de unos mortales que aún no hubiesen aprendido á reir...

Alzado ya el mozo, alzóse también la moza; cogiéronse de las manos, y en silencio caminaron juntos.

II

El Véspero ya no brillaba; las demás estrellas lo obscurecían, y el pobre lucero de la tarde, que momentos antes diputábase como único encendedor de la celeste bóveda, era después uno más en la miriada de millones de luces que aún no aciertan á iluminar la tierra. La luna, á modo de la Morería, cubríase casi por completo de cendales vaporosos, y el aire, agitándolos caprichoso, trazaba curvas y líneas rectas en tan confuso tropel, que la pálida Diana, más que serena diosa, á fuerza de muecas, parecía cotarrera mujer que de todo se burla.

El camino por la montaña, que en un principio fuera de empinada subida, convirtiérase ahora en un portel, áspero por los guijarros y medroso por la obscuridad que ambas paredes concentraban, para salir de pronto á un inmenso llano recubierto de maizales opulentos, que sólo en contados espacios terreaban, y de trecho en trecho algún pino manso elevaba su gentil silueta y su copa bruscamente recortada en la lejanía del cielo, como desafiador y galano airón de un invisible guerrero. Después, el sendero retorcíase

por los flancos del monte, y en fatigosos recodos iba subiendo para tornar cien veces al mismo sitio, mirando en línea recta y tal como si por una espiral hubiera que ascender.

Xan de Portavella—el mocero más mocero en cuatro leguas á la redonda y el que mejor sabía mañanear, siempre de vuelta y nunca de ida, que sus madrugadas eran de puro trasnochador...—y Miguela—la del Santiso de Portomouro, la que llevaba en el mantelo una cruz bordada para que los diablos le tuvieran respeto á su dueña, y en los ojos más diabluras de las que el mantelo bendito pudiera ir amparando; la que punteaba la riveirana hasta que el mozo, por bailador que fuera, rendíase vencido; la que miraba de frente hasta que la otra mirada se humillaba; la que reía de las malicias y maliciaba de las palabras que aún no se dijeron...—Xan y Miguela seguían cogidos de las manos y sin cambiar palabra.

En un brusco recodo de la senda volvieron a vislumbrar las luminarias de la escondida romería, y el eco, juguetón y travieso, trajo otra vez los sones apagados de la muiñeira:

Y Xan y Miguela se detuvieron, y los dos se miraron y los dos sonreían, pensando á la par los dos en lo que puede suceder mientras suena la gaita... Todo aquello, desde el bailar fatigoso y el apartarse después de los grupos bailadores, el caminar juntos y el caer sin separarse; todo aquello, que revolucionaba la vida, metiéndose cerca de las lindes del señor demonio, bajo la protección y en el día de la fiesta del bendito señor San Cosme; todo aquello, que á eternidades se parecía, sucedió en el breve espacio de una tocata, y la tierra que nunca se labrara, era

hoy ya tierra fecunda, y el señor San Cosme sabría si era también tierra fecunda, que todo pudiera ser, sabiendo solamente lo que fué y lo que pasó mientras sonaba la gaita...

III

(La reidora moza, no reía. Colgósele del brazo y arrimó los labios al oído.)

MIGUELA

¡Mala la hicimos, Xan...!

XAN.

¿Y mala por qué, Migueliña...?

MIGUELA

Que la señora madre va á saberlo...

XAN

Si tú no lo parlas...

MIGUELA

Y más sin decírselo.

XAN

¿Se lee en los ojos?

MIGUELA

Por lo de ahora, no; pero de aquí á su tiempo, voy á pasar muchos tiempos de sustos.

XAN

De aquí á destonces, le han de pasar también muchos raposos.

MIGUELA

¿Casarás tú antes?

XAN

Casaré.

MIGUELA

¿Palabra de qué, me das...?

XAN

De hombre.

MIGUELA

Son embusteros.

XAN

Los que lo sean, que á mí las mentiras aún no me comen, y por las mías no secará el agua de la fuente ni dejará la hierba buena de serenarse al abrigo del rocío, que mis palabras son de cumplidor y de hombre de bien.

MIGUELA

¿Pero hasta jurarlo no vas...?

XAN

¡Y voy también! Que los dientes se me desmedren y los ojos me brillen, como á lobo con

hambre; que las piernas me flaqueen y me caigan de miedo las orejas, como á liebre perseguida; que los hombres me miren como á un animal y los animales me sigan viendo como á un hombre si no te reparo el caso, cuando la hora de reparar suene en tu ánima y te brinque por tu cuerpo.

MIGUELA

Bien haces, Xan, y de honrado juras, que el mal lo trae la ocasión y el bien lo remedia la honradez.

XAN

Pues de mí lo has oído. Xan de Portavella lo promete, y más que escritura de señor notario tienes en tus manos.

Y las de ella cogió, y á sus labios fueron, con tal presteza y tal ahinco, que el mozo sintió como golpe y la moza sintió como mordisco.

Pero el daño no lo sintieron. Que reía el gozo en sus ojos de iluminados, de triunfadores, de seres que viven y que disfrutan de la vida. Y en torno suyo, como si el cielo respondiera á la paz de sus espíritus y la tierra al encanto de sus cuerpos, del cielo bajaban brillares de estrellas y armonías de brisas apacibles, y de la tierra se esparcían aromas de plantas silvestres y murmullos de insectos voladores.

Y prisionera en los brazos de Xan, Miguela reía confiada, sin pensar en nada ya, ni siquiera en que había pasado de indiferente á amante, de moza á mujer, de reidora á triste y otra vez á reidora, en el fugaz volar de los minutos que dura una tocata, mientras suena la gaita...

UN FIEL AMADOR

COMO SI FUERA PRÓLOGO...

Cuando me lo contaron, sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas...

Ahora que os lo cuento, bien quisiera que á vosotros llegara la honda impresión de la amorosa historia en que no hay más que un héroe, un corazón, y no hay más que un personaje, un fiel amador...

Y si al final vuestro espíritu no se ha conmovido, ni el alma vuestra se hermanó un momento con el alma de un hombre que, amante y amado, sufrió torturas de amor, echad la culpa al cuentista, que fué torpe al referirla, pero no os burléis de la amorosa y tierna historia de un fiel amador...

¡Cuántos, al volver atrás la vista, después de una serie borrascosa de aventuras y de amores, cuántos se encuentran con la inexplicable convicción de que no han amado nunca...!

Para los que se consideran satisfechos con las caricias pagadas, para los que no sienten ilusión

ni ternura en el instante después de haber poseído, para esos no se ha escrito mi cuento.

Para vosotros, hombres y mujeres que os habéis sentido amantes; mujeres y hombres que os lo creéis aún, para vosotros va la amorosa historia de un fiel amador.

Oidla...

CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO SE AMABAN, ESTANDO JUNTOS, MARÍA ANTONIA Y JOAQUÍN

I

El Cantábrico mugía imponente. La cólera de aquel mar es muy vengativa, y los pescadores, temerosos, no se atrevían á confiarse en sus estrechas barcas. Ocho días duraba ya el temporal, y aunque la pesca es el único recurso de los habitantes de aquella comarca, nadie pensaba en la temeraria aventura. Además, era inútil intentarla, porque si los hombres permanecían ociosos en la orilla, los peces huían á enormes profundidades, y las redadas resultarían estériles. Era el peligro, pero no sería nunca la ganancia.

Los pescadores juraban, desatándose en improperios contra el mar, que les negaba caprichosamente los medios de ganarse la vida, pero juraban y maldecían desde tierra.

Dos traineras se habían lanzado: ninguna volvió... Quizá estarían refugiadas en algún puerto. Quizá encontrasen ya el refugio eterno...

Y pensándolo, comentando probabilidades, los hombres volvían á maldecir...

II

A la puerta de una casa modestísima, aprovechando los últimos rayos de un sol pálido y excesivamente enrojecido, ese contraste del sol de las tormentas que, pareciendo abrasado, da una luz cárdena y fría, María Antonia repasaba las redes.

Al otro lado de la puerta, sentado en un banco de piedra que tenía por respaldo la pared de la casa, estaba el señor Blas, con la apagada pipa entre los labios.

Padre é hija. En las facciones correctas, en la línea juvenil y tersa de la arrogante muchacha, se marcaban poderosamente los mismos rasgos fisonómicos del viejo; pero cumpliéndose una vez más la inflexible ley de predominio que la belleza ejerce sobre la razón, era ella, la muchacha, quien llevaba el sello de la raza, y todos decían, sin parar mientes en el absurdo: ¿sabe usted que el padre se le parece mucho...?

Es el mismo razonamiento, la misma lógica de los que dicen mirando un boceto: ¡ah!, esto es de tal cuadro...

Y es al revés: el cuadro es del boceto, la obra es de la idea y la hija es del padre; pero no hay quien sepa sustraerse á la persuasión de que lo más perfecto, lo más definitivamente acabado, no sea lo primordial.

Ella repasaba las redes; él miraba, absorto y pensativo, las olas bramadoras.

—¿Qué hora será, padre...?

El viejo miró la altura del sol.

—Las cuatro, hija.

—¡No puede ser!

—¿No puede ser...? ¿Creerás tú que el sol va á mentirnos ó que yo voy á engañarme?

María Antonia quedó callada por no contradecirle, pero en el fondo de su pensamiento tenía la seguridad del error. El sol estaría donde estuviese y el señor Blas no fallaría en sus cálculos; pero las cuatro no eran, porque á las cuatro vendría Joaquiniño...

Y absolutamente persuadida de la fuerza irreducible de su argumento, se sonrió levemente, mirando compasiva á su padre y al sol, que de tal modo se equivocaban hoy al marcar las horas en su inmutable horario...

Sin embargo, por esta vez anduvieron acordes el sistema solar, la experiencia y el amor. A lo lejos, siguiendo el borde del muelle, apareció Joaquín.

—Padre... ¡viene Quiniño...!

—Déjalo que venga; ya pasará.

—Es que hoy no va á pasar, padre... Quiere hablarte.

—¿De qué...?

—De eso...

—¿De qué, mujer...?

Y como no tuviera contestación más clara, interrogó con los ojos á María Antonia; pero los ojos de ella buscaban persistentemente el suelo.

—¿De qué mujer...?—insistió el viejo.

—De eso... padre.

Y se puso encarnada, como cereza madura.

El padre se dió por enterado; Joaquiniño venía á hablar de eso que hace poner coloradas á las mujeres.

Y gruñó un poco, pero no dijo nada. Ya recordaba lo que era eso...

III

—Buenas tardes, hombre...

—Buenas, señor Blas y la compañía...

La compañía, que era solamente María Antonia, no debió enterarse del saludo, puesto que no contestó; quizá no le viera llegar... Verdad que en aquel momento un endiablado nudo de la red requería su atención con tal fijeza, que ya podían pasar carros y carretas por el sendero de la playa, que la mozuela no levantaba la vista. ¡Sí, sí: para que se enredase más aquel nudo condenado...!

—Cúbrete, hombre...

—Es comodidad...

—Que el Nordeste sopla muy duro...

—No le hace. ¡Somos conocidos el Nordeste y yo!...

Y el mocetón soltó una carcajada ruidosa, como si aquella amistad del viento y del hombre tuviera muchísima gracia.

El viejo se rió también. No era una ocurrencia muy chistosa, y él ya se la había oído á todos los del pueblo; pero cuando se está en buena armonía con un amigo, y el amigo se ríe, parece desaire no celebrar lo dicho.

María Antonia reía de buena gana. Conformes en que por el mundo se decían cosas mejores, pero del modo que las decía Joaquiniño, no...

Y sin mirarle, porque el pícaro nudo se enredaba cada vez más, seguía afanosa el principio de la conversación, aguardando el instante en que abordara su verdadero objeto. ¿Cómo empezaría...?

—¿No te sientas un rato, hombre?

—Si no estorbo...

—¿Quieres cargar una pipa?

—No, señor; muchas gracias.

—Pues yo sí.

—¡Hace usted muy bien...!

—¿Y por qué hago muy bien, tú...?

—Siendo el gusto...

—Cada uno debe hacer su gusto, ¿eh...?

—Sí, señor. De eso quería hablarle á usted, si no hay incomodo por lo presente.

—¿De qué...?

—De eso...

El viejo acabó cachazudamente de atascar su pipa. Dió una chupada enorme, y recreándose en la espesa nube de humo, entre azulada y negra, que le envolvía como un nimbo...

—¿Conque de eso, eh...?

—Sí, señor.

—¿Sabrás con quién hablas...?

—¡Ay!, sí, señor. Con usted.

—Bueno, pues habla entonces, que la palabra no se le niega á nadie.

María Antonia se puso de pie; el busto, arrogante y flexible, cimbreóse al esfuerzo de recoger las pesadas redes.

—¿Te ayudo...?

—No.

—Es mucho peso, María Antonia.

—Bien puedo.

—Déjala, déjala. Si has de hablar, habla. Cada cosa á su tiempo.

Y aunque al mozo le parecía que hablar y ayudarla pudieran ser la misma cosa y el mismo tiempo, deliciosamente invertido, quedóse inmóvil. Era el padre quien hablaba, y en las aldeas, á remembranza é imagen de las eda-

des primitivas, la ancianidad es un título de respeto.

La moza, en tanto, había desaparecido en el interior de la casa, y quedaron solos los dos hombres.

En la desierta playa no se vislumbraba señal de vida. El mar, siempre bramador, escucharía indiferente.

Podían hablar. Y hablaron.

IV

—A mi parecer, señor Blas, se me figura que lo mejor será ir derecho al asunto.

—Mientras no andes un rato, no te puedo decir si andas derecho...

—Bueno, pues usted lo verá pronto. María Antonia y yo nos queremos.

—¿Os lo habéis dicho...?

—Sí, señor.

—Bien, Joaquín. Pero eso no es quererse todavía; no es más que decírselo.

—Por algo se ha de empezar...

—Así es. ¿Qué más...?

—Ella se merece el trono de un rey...

—Posible... pero no continúes por ese rumbo, que si á mereceres vamos, tú no podrás satisfacerlos.

—¡Verdad, señor Blas...! Yo no tengo más que el día y la noche.

—Y aun eso no es tuyo.

—Verdad que ni eso. Con todos he de repartirlo...

—No vamos derechos, Joaquín...

—Aguarde usted á ver, señor... En la feria

de la Santa Margarita, ¿habló usted de la María Antonia...?

—Puede que hablara...

—Y dijo usted que ella se casará con quien la enamore, siempre que traiga, por lo menos, una casa donde refugiarse y una barca en donde buscarse el pan.

—Quien te lo dijo, dijo bien.

—Yo no tengo casa...

—Malo, hijo...

—Yo no tengo barca...

—Malo, hijo, malo...

—Yo no tengo más que el día y la noche, repartidos entre todos, señor Blas...

—Entonces comprenderás que en la feria de la Santa Margarita no hablé de ti.

—Lo comprendo. Pero aún queda algo por tratar. Si Dios ó el diablo no han querido que tuviese bienes de fortuna, otros bienes me ha dado Dios.

—O el diablo...

—El que fuere... Tengo voluntad, y tengo firmeza, y tengo ley al trabajo.

—Algo es, hombre.

—¿La chica va para los diez y ocho...?

—En Abril irá. Ponle los diez y ocho, pues.

—Yo, veintiuno. Con que yo tenga veintitrés y ella veinte, no pone ni quita nada al cuento, señor Blas.

—Es un decir que tengáis esas fechas...; pero el cuento se puede contar igual.

—Y esto es lo que vengo á proponer á usted. ¿Quiere usted que de aquí á dos años, á esta misma hora, tal día como hoy, sigamos hablando...?

—¿Y en el entretanto...?

—Palabra de hombre, que no admitirá esta conversación de hombre nacido.

—Mucho pides, rapaz...

—Dicen que, por el mundo adelante, el que se juega la vida puede ganarse la vida muy pronto.

—¿Y tú quieres...?

—¡Jugármela de una vez! La casa y la barca no valen nada, pero valen mucho. A buscarlas voy, si usted me da esa palabra de hombre que le pido.

—¿Y después?

—Pasados los dos años, es usted libre.

—Libre soy ahora, Joaquín.

—Pero ahora tendría usted que luchar con los juramentos de María Antonia y míos.

—No hablemos del caso, que el caso no ha llegado. Si la María Antonia quiere, yo quiero. Eres honrado y eres firme. Mi palabra te doy.

—Y yo la mía. Si vuelvo con lo que busco, y ella no ha cambiado de pensar, la María Antonia es para mí; si no encuentro nada que lo valga, mi palabra es que no vuelvo. ¿Hace...?

—Hace.

—Y permita Dios que, si falto y vuelvo, con sarna vuelva.

—Tú lo dices. ¡Así sea!

—Y si usted es el que falta y me lo niega, ó antes trata de ella con hombre nacido, permita Dios...

—No jures. Que libre te doy la promesa, y nadie me obliga á ella.

—Bien hablado está con usted, señor Blas. ¿Me da usted licencia para que lo platique con la María Antonia?

—Licencia tienes, Joaquinillo.

Y la voz del viejo, reposada y fuerte y serena, se alzó vibrante y sonora:

—¡María Antonia! ¡María Antonia...!

Asomóse la moza apresurada.

—Joaquín ha de hablarte, hija. Licencia le dí para que te hable.

—¿Ahora ha de ser eso, señor padre?

—El dirá.

—Ahora, si tú quieres...—dijo el mozo.

—Que ahora sea—mandó el viejo.

—Habla ahora, pues...—respondió la moza.

Y el viejo, sacudiendo la ceniza de su pipa y volviéndola á llenar pausadamente, añadió:

—Sopla duro el Nordeste; pero el viento es amigo de Joaquinillo... El mar está duro y bravo; pero el mar te conoce desde pequeña, María Antonia... Marchad un poco por la playa. Basta con que os oigan la mar y el viento...

Podían marchar ya. Y marcharon...

V

Cruzando la desierta playa iban los dos. La arena, que hace el caminar fatigoso y lento, marcaba distintas y claras las huellas. Si alguien quisiera seguirles, señal segura tenía. Y ellos mismos, al tornar sobre sus pasos, miraban, risueños, las marcas tan profundas y tan unidas.

No era más que un momento lo que se alejaban, y ya sentían complacencia y regocijo al encontrar de nuevo sus propias huellas.

¡Cuántos así, como ellos, se estremecen de alegría y de inefable contento al hallar alguien ó algo que, en las infinitas vueltas de cada vida, conserva el rastro de lo que un tiempo fuímos...!

En la movible arena, en roca firme, en una amistad ó en un amor..., ¿quién no habrá sentido la dulzura de revivir lo pasado...? ¿Quién tan desdichado... que no supo gozar el supremo deleite de borrar en un día ó en una hora todas las horas y todos los días que pasaron desde un instante venturoso, y vivir otra vez aquella hora, despertada al conjuro mágico de un sitio que se vuelve á ver, de una voz que se vuelve á oir ó de una carta que se lee de nuevo...?

¡Malaventurados los que no saben disfrutar del sublime encanto, de la honda sacudida que hace vibrar un alma cuando, de improviso y truncando la monótona existencia, se presenta ante nuestros ojos la forma viviente de un recuerdo...!

Cuentan de un hombre, uno de esos sabios rebuscadores de antigüedades, que, practicando excavaciones en los sepulcros de Menfis, al descubrir una nueva galería, tapiada hace treinta siglos y enterrada después en la movediza tierra de los desiertos africanos, se volvió loco de espanto al encontrar, indeleble y perfectamente conservada en el polvo, la huella de un ser viviente... ¡Del último, quizá, que atravesó aquellos subterráneos para depositar un cadáver más...!

Cuentan de un hombre que, arreglando, fría y decididamente, todos sus asuntos y poniendo en orden sus papeles, con la pistola al alcance de la mano para terminar una existencia mísera y dolorosa, se desmayó de pena y de congoja al encontrar un cuaderno de papel rayado, con palotes y letras inseguras..., el cuaderno que llevó á la escuela de chiquillo.

.....

VI

Caminaban silenciosos, cogidos de las manos... De pronto se detuvieron.

—¿Por qué no me hablas, Joaquiniño...?

—Te hablaré. Oyeme... Al padre le dije mis pensamientos.

—¿Y padre...?

—Conformes y á una hemos quedado.

La moza rebrincó de contento, y echándose amorosa, en los brazos de Joaquín, no sabía sino decirle:

—¿Sí, Joaquiniño, sí...? ¿De veras que sí..., Joaquiniño...?

El mozo, primero la estrechó fuertemente contra su pecho en uno de esos abrazos intensos y ansiosos en que se busca el alma á través del cuerpo; después la rechazó suavemente.

—No, María Antoñina, no...

—¿Que no...? Y entonces, ¿cómo quedasteis á una?

—Fué en el separarnos.

—¿Separarnos, Joaquín...?

Y, como si la palabra solamente llevara en sí el temeroso poder de alejarlos, María Antonia retrocedió espantada, queriendo buscar en la distancia material la explicación de aquella idea inconcebible.

Los ojos desmesuradamente abiertos; la mirada fija é interrogadora; la respiración rápida y anhelante... Así permaneció inmóvil María Antonia.

Pálido, sonriente, con la sonrisa de los desesperados, contraída la boca, que en el centro de los labios simulaba reir y en los bordes, caídos y plegados como en prematura arruga de vejez,

acusaba dolor y sufrimiento. Así estaba Joaquín, inmóvil y callado.

—¿Separarnos, Joaquiniño...? ¿Y cómo podrá ser...?

—Padre quiere una casa y una barca. ¡No las tengo! A buscarlas voy...

—Aquí podrás ganarlas.

—Sí. Trabajando muchos años y con suerte, al final podría tenerlas. Pero no se trata del final, sino del principio; la barca y la casa no me importan... ¡es que sin ellas no te alcanzo á ti...!

—Yo esperaré gustosa lo que sea menester.

—¡Yo no!

—¿Eres ambicioso...?

—De ti. Te quiero, María Antonia, con el querer de mi vida; pero no es tu amor únicamente lo que busco.

—¿Qué buscas más?

—A ti, á ti misma y todo lo que hay en ti. Tu alma, para acogerme voluntaria, y tu cuerpo, para cogerlo yo amoroso.

—¡Joaquín...!

—No puedo decirle al tiempo: ¡tú y yo aguardaremos por ella...! Que el tiempo, gastando tu hermosura, se burlará de nosotros. Joven y guapa te quise; tengo derecho á que vengas á mí con juventud. ¡No podemos esperar...!

Y tenía razón. El divino rubor que encendiera las mejillas, el respirar fatigoso que levantaba acompasado é inquieto el turgente pecho de María Antonia, hablaban de juventud, y sería torpeza irreparable permitir que la juventud se marchitara sin rendirle al amor su inmortal tributo.

La voz del mozo volvió á alzarse firme y decidida:

—Debo marchar. Pasaré dos años trabajando donde el peligro sea mayor y la ganancia más grande. En cuanto reúna lo preciso, volveré. ¡Te lo juro...!

Y como si no bastara á su promesa solemne y leal la presencia de María Antonia, el mozo levantó los ojos al entoldado cielo, invocando por testigo al invisible Creador de la creación entera.

—¿Volverás...?

—¡Lo juro! Padre me dió su palabra de no torcer tu inclinación en esos dos años que le he pedido.

—¡Es que moriré de pena si no vuelves...!

El mozo se estremeció de irremediable angustia al escuchar aquella evocación al pavoroso fantasma de la muerte, pero sonrióse complacido. Morir de amor no es morir, es amar. ¡Era mozo y creía...!

¿Quién á los veinte años no habrá pensado que debe ser muy hermoso morir de amor...? Después, cuando la experiencia nos hace incrédulos, cuando encontramos por el mundo adelante á aquella que debió morir... y no murió, aún renace del olvido y de la indiferencia misma una mirada de afecto. No ha muerto, pero un día creyó que pudo morir... Por la buena fe de aquel día merece hoy la bondad de una mirada.....

La que pasa es una mujer ajada; el que pasa es un hombre caduco ya... ¿qué importa...? Creyeron que se amaban, y eso basta para la rápida impresión de amor.

¡En todo, creer es más que ser...!

—¿Volverás...?

—Volveré si encuentro lo que me exigen: si no, mi promesa es no volver.

—¿Es decir, que hoy, ahora, este minuto, puede ser el último en que nos veamos?

—Dios no lo querrá; pero puede ser...

—¡Moriré, Joaquiniño...!

Y el grito de la moza debió llegar tan adentro y sonar tan hondo en las entrañas, debió creer tanto en la verdad de aquel acento desesperado, que el hombre mismo se impregnó de dolor, y faltándole la palabra consoladora, por todo consuelo abrió los brazos; y cuando la moza, en el irresistible impulso, llegó á ellos, los brazos volvieron á cerrarse, potentes y acariciadores...

Y como la arena es movediza, en ella se afianzaron mal, y sobre ella cayeron...

La noche había caído también...

La obscuridad y el silencio y el amor les envolvieron en su adorable manto...

Arena movediza, arena dócil, que tan pronto marcas las huellas y tan pronto cedes para moldear los cuerpos que te oprimen, ¿por qué fuiste aquella noche falsa y traidora contigo misma...?

Arena traidora y falsa... si cayeron dos cuerpos, ¿por qué en ti no se ha marcado más que la huella de uno solo...?

.....

CAPITULO II

DE CÓMO SE AMABAN, SEPARADOS, MARÍA ANTONIA Y JOAQUÍN

Había pasado un año.

Huyendo de aquellos lugares adonde la emigración se dirige en grandes masas y en donde, por consecuencia, la vida se hace casi tan difícil como en el punto mismo que se abandona por miseria, Joaquín se embarcara en un transatlántico inglés, y como oveja de aquel rebaño que infecta los sollados de los grandes buques, hacinado y miserable, pero animoso y resuelto, encontróse una mañana con otros dos compañeros de infortunio que escucharon sus atrevidos consejos, en la bahía de Anckland, en la Nueva Zelanda.

Aquello no era aún su destino. Con el escaso vocabulario de palabras inglesas, aprendidas en los diversos vapores, le bastaba para hacerse entender, y, apenas orientados, emprendieron nuevo rumbo en busca de los famosos bosques de *Kauris*, los gigantescos pinos cuya madera es tan codiciada en Europa.

Para persuadir á sus compañeros de que le siguiesen en la temeraria empresa, á luchar contra los hombres, el clima, la diferencia de idioma y el penoso trabajo, había exagerado su propia seguridad. Oyéndole, parecía que los bos-

ques vírgenes le guardaban ansiosos su virginidad...

El sobrecargo del *Novara*, el navío en que hizo su última travesía, en una de esas conversaciones soñadoras de los emigrantes y burlonas de los marinos, le había comprado el primer cargamento de kauris, puestos en el muelle.

Joaquín se lo había vendido.

—Del 15 al 20 de Septiembre estaré en el puerto...

—Del 8 al 10 estarán los pinos en el muelle.

—Y lo dicho. Una libra más barato que en el mercado, y lo compro.

Y los dos se rieron; pero el sobrecargo se reía burlón y Joaquín reía de gozo. Allá adentro, donde las ilusiones viven y crecen, había nacido una esperanza...

Le faltaba la madera, los pinos vendidos, pero ya tenía comprador...

Y así desembarcó. Y así emprendieron los amigos la penosa marcha en busca del trabajo y de la fortuna. De día caminaban; de noche, los blandos mullidos helechos, tan abundantes en aquella región y tan espesos, que pueden servir de cómodo descanso y de blanda cama...

A los quince días estaban en la montaña abrupta, en la provincia de Nelson, entre los bosques seculares, y desde allí la marcha se hizo más penosa aún; era preciso abrirse paso con el machete y no apartarse nunca de la cresta del monte, pues apenas se desciende un poco, la vegetación es tan enmarañada y tan tupida que se encuentra el caminante envuelto en densas sombras, como si de repente se nublara el día y reinase la obscura noche.

Pero en cambio de estas dificultades materia-

les, podía avanzarse sin temor alguno á malos encuentros. El hombre *pakelia* ó *maorí* no es agresivo, y los animales no son temibles, pues sólo se conocen diversas clases de pájaros, y algunos raros, rarísimos avestruces, que huyen al ruido insólito de las voces humanas.

En aquel año de estancia lograron la amistad de unos indígenas, y juntos emprendieron la tala de pinos, que llevaban al borde de un barranco, despeñándolos desde allí, y lúego, aprovechando el cauce natural del río, los conducían hasta poblado vendiéndolos á buen precio.

Era una labor enorme, de fatiga y de riesgos; pero la ganancia respondía al esfuerzo, y el cinturón de cuero, henchido ya de relucientes libras esterlinas, les animaba continuamente. Trabajaban desde que el alba pintaba las blancas nubes, comían con sana frugalidad, al tiempo que descansaban, y otra vez, alegres y ufanos, volvían á la áspera tarea con el pensamiento fijo en la patria lejana y en el rincón adorado, donde el cielo era más dulce y el amor prometía más venturas.

Un año había pasado. Quedaban aún diez meses para redondear la pequeña fortuna que se prometían reunir, con la absoluta seguridad de lograrla, y por aquellos días preparaban una nueva expedición, intentada con el concurso de más gente, y de la que esperaban pingües é inmediatos beneficios.

Aquella mañana era de más gozo y de más doradas ilusiones. El correo, traído por un indígena, les aportara á todos buenas nuevas del suspirado hogar, y con la visión resplandeciente de los seres queridos, disfrutaban ya por anticipado de las futuras dichas que el porvenir les reservaba.

Cuando la hora del breve reposo volvió á reunirlos un momento, su primer recreo fué el de leer las cartas de nuevo, y después, con cariñosos y apasionados comentarios, ir descifrando noticias y palabras. Cada línea decía una cosa, pero además quería decir... y en este campo abierto de las intenciones se desbordaban los deseos y los afanes de cada cual.

—¿Qué te escriben, Quino?

—Que me quieren, que me aguardan... ¿Y á ti, Pascual?

—Lo mismo. Que aguardan, que no olvidan...

—¿Y á ti, Melchor?

—Que aguardan también, pero que el tiempo se hace largo.

—Eso no tiene arreglo. Hay que trabajar de firme y no pensar en volver hasta que la fortuna esté hecha. ¡Con menos de cinco mil duros en oro yo no vuelvo!

—¡Ni yó!

—Yo sí.

—Tonto serás, Joaquín.

—No. Es mi palabra que ha quedado allá abajo, y á recogerla he de ir.

—Bien dices. Tú tienes que marchar... En mi carta hay algo que te cumple, Quino.

—¿Que me cumple, Pascual? ¿De mí te hablan?

—De ti, de la María Antonia...

—¿Se habrá cansado esa de esperar...?—preguntó Melchor.

—¡No lo digas...!

Y para que no lo dijera, poniéndose en pie de un salto, agarró febril la afilada hacha...

—¡Es un suponer, hombre!

—¡Pues no lo supongas!

Pascual intervino, conciliador.

—Lo contrario me avisan.

—¿Y cuál es la contra...? ¡Habla, hombre!

—Que te quieren más que nunca, que la mi Josefa parló con la tu María Antonia, que le dió contento verla tan amorosa, pero que le dió pena mirarla tan desmejorada, como si el mal de amor la consumiese...

—¿Eso dice...? ¿Dice eso de veras...?

—Míralo tú...

Y Joaquín cogió la carta como antes cogiera el hacha, sólo que no era un arma contra otro, sino como puñal que contra el mismo Joaquín iba á clavarse...

El bronceado rostro había palidecido; las manos, temblorosas, sacudían nerviosamente el pliego de papel...

—Siempre son malas las noticias de mujeres, Pascual.

—Peor es no recibirlas, Melchor.

—Con ellas todo es peor. Queriendo, dan ansias; no queriendo, dan angustias. Cierto es, pero yo no sé de nada mejor que de ellas mismas.

—Ni yo.

—Pues entonces, á conformarse con lo que de ellas venga.

—Y alabado sea Dios...

Joaquín no leía ya. Inmóvil, espantado, temeroso de lo que el párrafo aquel pudiera significar de horrenda verdad y de separación eterna, en su espíritu iba formándose una suprema y enérgica decisión. Devolvió la carta á Pascual; pero en seguida, arrepentido:

—¿Me la dejas...?—suplicó.

—Si te alivia en algo, déjotela...

—Gracias.

Quedóse un rato en silencio. Respetándolo, Melchor y Pascual no hablaron tampoco.

Al fin Pascual, tocándole afectuosamente en el hombro, dijo:

—No pienses en ello. ¡Será lo que ha de ser...! Anda, vamos á trabajar.

—No.

—Es la hora.

—Para vosotros. Para mí terminaron ya. Mañana marcho.

—¿Estás loco?

—¡Mañana marcho!

Y para convencerse á sí mismo de que aquel propósito repentino era ya una determinación irrevocable y decisiva, él sólo seguía gritando: «¡Mañana, mañana...! ¡Mañana marcho!»

Los otros callaban; sin darse cuenta precisa de lo que pasaba por el alma combatida de su compañero, adivinaban con su rudo instinto de peleadores y de solitarios que algo muy profundo sufría el desgarrón del implacable destino; que alguna rama de ese árbol misterioso que se llama voluntad y energía azotaba furibundo otras ramas de otros árboles, que en el corazón tienen su copa y sus raíces...

—¡Marcharé mañana...!—repetía inconsciente, como si las mismas palabras tuvieran mayor sentido y explicación más clara únicamente por pronunciarlas muchas veces.

—Es un desatino; piénsalo...

Y el asombro de Joaquín fué tan enorme, tan confundido quedó con aquella réplica, que no supo ni rechazarla.

—Un desatino, sí. No encontrarás vapor hasprimeros del mes próximo, y por consecuencia, nada adelantas paseándote por el muelle. En

cambio pierdes tontamente las ganancias de esta expedición, ya preparada. Termínala con nosotros; el veintiséis ó veintisiete podemos despacharla, y el treinta estás libre, si persistes en marchar...

—No. ¡Mañana! Puede haber algún barco de cabotaje que me lleve á sitio de donde salga vapor para Europa, y adelanto ocho días siquiera, esos llevo de vida y de salud á María Antonia.

—¿Y renuncias á un negocio tan brillante como el que se presenta?

—Renuncio. No lo necesito. Llevo en el cinto cerca de mil duros, más de lo necesario para la barca y la casa que me exigen; el resto era ambición.

—Haz lo que te parezca. De esta corta reservaremos tu parte... ¿No es verdad, Melchor...?

—Verdad es, Pascual.

—Y te la enviaremos; que entre amigos esa es la ley.

—¡Gracias! No os abandonó por flaqueza ni por odio, sino por caridad y por cariño. ¿No comprendéis bien vosotros que si esa mujer muere de amor, es el amor el que debe correr á salvarla...?

—Así es, Joaquín.

—Dímelo tú, Pascual, y tú, Melchor... ¿No sería ingrato yo dejando consumirse de pena á quien puedo yo librar de ese martirio...? Si la María Antonia me dijese de tu Josefa una desdicha igual, ¿no correrías tú á su lado...?

—¡Más razón tienes que los santos, hombre!

—Y si por quedarme aquí más tiempo y ganar más dinero llegase allá cuando no fuera tiempo de socorrerla, ¿para que me serviría ese dinero que llevaba de más?

—No me prediques, que contigo estoy. Marcha.

—Y aun si me dijeran que enfermó de fiebres, de un mal aire, de una de esas enfermedades á que los señores médicos alcanzan y los demás no servimos, quizá lo pensara un poco, pues la distancia es tan grande, ¡tanto!, que tal vez yo mismo no arribara más que para llorarla.

—O para verla sana, ¡caray!

—O para verla sana, Melchor; pero en ningún caso llegaba para serle útil.

—Hablas como un libro...

—¿Pero diciéndome que se consume de amor? ¡Eso dice la tu Josefa, Pascual!

—Eso dice.

—¡Y de amor por mí! Siendo yo la salvación y la medicina, ¿tendría perdón de Dios si la dejase morir...?

—No lo tendrías. Esa es la fija, Joaquín.

—¿Y entonces...?

—Marcha, hombre, marcha, y cuando escribas cuéntanos la boda.

—Es que se muere de pena, ¿sabéis...?

—Sabemos.

—Y de pensarlo nada más, me moriría yo también...

—Pues marcha de una vez.

—Mañana.

Y al decir mañana se echó á llorar.

Y fué que en el alma se le metieron, de golpe y por sorpresa, las andanzas venturosas de un camino que iba de cara hacia el amor y hacia la patria...

CAPITULO III

TIERRAS Y MARES

I

WAIKATOMI, es decir, oriundo ó natural de la tierra montañesa del Waikato, se llamaba el guía. En su rostro, de negro bronceado, se veían indelebles las huellas que el tatuaje marcara como señal de su noble origen: una serie de líneas grabadas en la frente y en la mejilla izquierda. La derecha, libre de toda marca, denotaba que pertenecía á la rama sagrada de los descendientes de Ngatiroisangio, el primer hombre divino que había pisado el suelo de Nuiterein, lo que se llama hoy Nueva Zelanda.

Su estirpe gloriosa no le impedía ser ahora un miserable trabajador. Las guerras, en que los suyos fueron vencidos, y después la invasión inglesa, apropiándose las islas con el nombre modesto de colonias, habían quebrantado su raza y destruído su poderosa línea de guerreros y de jefes maoríes... Ahora no era más que un miserable despojo humano, ganándose el sustento mezquinamente y llevando además sobre sí la miseria de una estirpe inútil...

El y Joaquín caminaban á buen paso, aunque con las naturales precauciones por encontrarse

ya á las orillas del río Waikato, y á una y á otra margen los matorrales cubren grandes extensiones de légamo, en donde el suelo, reblandecido y sin mezcla alguna de toba, cede á la presión más insignificante, y muchos han encontrado una muerte horrible en aquel fango, que va dejando sitio para que el cuerpo se hunda y es implacablemente resbaladizo para impedir que el cuerpo se alce y se salve.

Sin levantar la voz ni detenerse en la marcha, Waikatomi no hizo más que volver un poco la cabeza para que le oyeran mejor.

—Antes de una hora pasaremos por la gran caverna.

—Camina y pasaremos.

—El Espíritu Pálido vela allí por los míos. Si quieres detenerte, verás los sepulcros de los Jefe y leerás su historia, escrita en las piedras con rayas iguales á las que tengo en la frente y en la mejilla.

—No puedo detenerme; camina.

—Desde aquí se ven ya las nubes de fuego que le rodea. El Gran Espíritu de los muertos se enojará si pasamos y no se le rinde homenaje.

—Te engañas, Waikatomi; el fuego sale de la tierra abrasada, y el espíritu de los muertos no está más que en el recuerdo de los vivos.

—¿Tú no crees?

—No.

—Haces mal. El Espíritu te castigará. En una hora podemos llegarnos á invocar su protección para que el viaje nos sea propicio.

—No puedo perder esa hora. Voy muy lejos.

—No me desoigas, Joaquín. Sobre ti vendrá la desgracia.

—Te engañas otra vez. La desgracia no vendrá más que deteniéndome; es preciso que llegue.

—¿Qué te importa, en tantas jornadas, retrasarte unos minutos?

—¿Tú no sabes que voy á buscar el amor...?

—¡Pues que el amor te defienda de la cólera de los dioses...!

Y Waikatomi se echó en tierra y la besó tres veces, pidiéndole perdón al Espíritu Pálido; luego cogió tres piedras, y echándolas en dirección al lugar que la caverna ocupaba, por tres veces lanzó el grito de guerra, repitiendo después la salutación á los dioses: ¡Whakapono! ¡Whakapono! ¡Whakapono!

Creyendo ya calmado el enojo del dios, sonrió tranquilo y corrió á reunirse con Joaquín, que había seguido camino adelante.

—He pedido al Espíritu Pálido que nos perdone. Por mí, te perdonará.

—Gracias.

—El ya sabe que vas en busca del amor.

—Bueno es que lo sepa...

—Pero haces mal en olvidar á los dioses por una mujer.

—Calla y camina.

—Ya callo, Joaquín.

—Pues camina.

Y en silencio caminaron, bendiciendo á la vida al borde del amarillento y escondido légamo que atrae á la muerte...

II

Tres jornadas más. Habían llegado al llano. Waikatomi encontró pronto quien le alquilara

dos caballos y quien le acompañase hasta la ciudad.

Cuando Joaquín, despidiéndose, le estrechó la mano fuertemente, Waikatomi la llevó á su frente y le dijo:

—Si vuelves, bien venido. Si no vuelves, que la paz sea contigo.

—Gracias...

—Si mis ojos te ven, bendeciré á la luz. Si no te ven más, en el corazón llevaré tu amistad.

—Gracias...

—Y al pasar, entraré en la caverna donde los míos reposan y pediré por ti y por tu amor al Espíritu Pálido.

—Gracias, Waikatomi. Yo tampoco olvidaré tu amistad...

Los caballos, dos animaluchos flacos y raquíticos, pero que semejaban cebras por las pintadas rayas, estaban prestos. Montaron Joaquín y su nuevo guía, y como el ansia de Joaquín llegó en seguida á la punzante espuela, partieron ambos veloces por la senda polvorienta.

Waikatomi quedóselos mirando mientras la vista pudo seguirles; luego volvióse pausado, emprendiendo otra vez el rumbo á las montañas donde los maoríes han nacido, donde van muriendo y donde muy pronto, con permiso de Dios y mediación de los civilizadores, se habrán extinguido...

.....

El cielo, entoldado y de fresco ambiente por la mañana, habíase tornado lívido y cárdeno; el aire pesaba ya...

—¿Amo...?

—¿Qué quieres...?

—Sería prudente acogerse á poblado.

—No.

—La tormenta está encima.

—No importa. Tengo prisa.

—¿Tú no conoces aquí la tempestad...?

—La conozco, pero tengo prisa.

—¿No le temes al rayo?

—Le temo, pero más aún temo á la distancia que me separa de lo que busco.

—¿Qué buscas tú, amo?

—El amor.

—¿De una mujer...? Pues no espolees más, que á cualquier hora que llegues, llegarás á tu hora.

—No. Sigamos.

—Piensa que la tempestad es más segura y el rayo más certero.

—No importa; sigue, sigue...

—Los caballos se espantarán si truena...

—Mejor. Correrán más.

—Y podemos morir...

—Dime dónde no podemos morir, y allí me quedo. ¡Sigamos! ¡Sigamos...!

—Lo que tú mandes, amo.

Y siguieron.

Gruesas gotas caían ya. La atmósfera, completamente cerrada por nubes negras y con el vaho de la tierra haciéndola irrespirable, denotaba la tremenda lucha que iba á entablarse.

Los dos hombres se envolvieron en sus gruesas mantas de campo; los caballos, jadeantes por la apresurada caminata, tendían el cuello fatigados, y con las narices levantadas y las fosas enrojecidas, respiraban ansiosos las emanaciones húmedas que del cercano mar traían las ráfagas de viento.

Y así anduvieron un rato más, hasta llegar á un grupo de chozas.

—¡Amo...!

—¿Qué quieres?

—De aquí no paso.

—Yo sí.

Algunos indígenas, asomados á las puertas, les gritaban: ¡haeremai!, ¡haeremai!, que á un tiempo es saludo é invitación, animándoles á refugiarse en sus chozas.

—¡Ven!, ¡ven! ¡Haeremai!, ¡haeremai...!

—¿No los oyes, amo?

—¡Necesito llegar!

—¡Pero es locura! ¡Aguarda á que el cielo se calme!

—Será de noche entonces y no querrás marchar.

—¡Refugiémonos, amo! ¡No desafíes el poder de las visiones infernales!

—Quédate si te espanta.

—¿Y tú?

—Yo, continúo.

—¿A pie?

—No, á caballo.

—¡El caballo es mío!

—Mío. Hasta que llegue á Anckland, te lo he alquilado.

—Pero, ¡qué afán tienes tan ciego, amo!

—Me dijeron que hay un buque en el puerto Puede zarpar de madrugada, y es menester que llegue para embarcarme.

—Llegaremos, te lo prometo.

—No. En el fuerte, á la guardia, dejaré tu caballo. Recógelo mañana.

—Pero, ¿qué genio malo te atormenta...?

—¡Es el amor que me llama, es el amor que muere sin mí....! No puedo detenerme. Perdona, hermano...

Y aguijó el caballo y partió á escape tendido.

—¡Amo, amo...!—gritaba desesperado el pobre guía.

—¡Haeremai, haeremai!—le decían á voces desde las chozas.

Y el agua á torrentes y las nubes á truenos y á rayos, y los hombres á voces, acompañaron un instante al férreo sonido de los cascos batiendo rápidos los guijarros del sendero.

Después, en la obscura sombra de la tarde, hecha noche por la tempestad, no se oyó más que el airado choque del agua y el rugiente bramar del trueno...

III

El vapor estaba allí, pero no zarparía hasta dentro de dos días. Consumido de impaciencia y de ansia febril, que templara antes la agitada y presurosa marcha, pero que ahora, inactivo, sentía desbordarse por su cansado cuerpo, enseñoreándose del alma como dueño y señor de sus pensamientos todos, Joaquín miraba las tranquilas ondas de la bahía de Anckland, una de las varias que forman la entrada del golfo Hauraki en el archipiélago neozelandés. Aquellas ondas le trajeron esperanzado, entusiasta, decidido á la conquista de lo que él en su pobreza consideraba como una fortuna, y aquellas mismas ondas le llevarían con un pequeño capital ganado ya. En cambio, volvía desasosegado, inquieto, temeroso de aquel fantasma que al otro lado de los mares se erguía amenazador sobre la salud y la vida de lo único que amaba en este mundo.

E imaginándose que el pavoroso espectro, que

el Espíritu Pálido pudiera vencer á la enferma de amor antes que el amor llegara á confortarla, sentía correr por sus nervios el angustiado y frío temblor que causa lo irremediable.

Y maldecía de la distancia, maldecía del lento vapor que no acababa sus preparativos de marcha, maldecía de los hombres que no se apenaban con el penar de otro hombre, y en su ánimo contristado todo eran sufrimientos, impaciencias, maldiciones...

Ensimismado en sus propias amarguras, no advirtió que alguien se acercaba, hasta que una palmada vigorosa le hizo brincar, arrancándole de la vida imaginativa para traerle á la realidad de la vida.

—Joaquín, hombre, ¿no quieres ver á los amigos?

Era el sobrecargo del vapor costero en que hizo su viaje de arribada.

—Perdone, señor Hugard; no miraba...

—Pues mira. ¿Cómo te ha ido?

—Bien.

—¿Y de libras esterlinas?

—Bien.

—Me alegro. No te buscaba, porque maldito sea yo, si mis pensamientos iban por tu borda; pero ya que te encuentro, como sé que tú eres un bravo mozo, te convido á beber un poco de Wisky.

—Gracias; no bebo.

—¿Que no bebes...?

—No, señor.

—¡Y, sin embargo, eres un bravo mozo...!

Y el señor Hugard lo dijo con la infinita tristeza del que descubre un lamentable defecto en una persona á quien se aprecia.

—Pongamos que no bebes, pues; pero hablar, sí hablarás, ¿eh?

—Poco...

—Pues escucha. El señor Stugars, el armador mío, ha montado aquí una fábrica de aserrar maderas. El negocio es muy hermoso y los sueldos muy grandes. Anda tras de un capataz que sea honrado y listo: de listos ya tiene un puñado...; de honrados aun no se mostró ninguno. ¿Quieres tú hacerte rico en media docena de años...?

—No.

—¡El sueldo es de quinientas libras, muchacho!

—Aunque sea.

—Y en toda expedición el veinte por ciento de las ganancias. Si yo no ganara otro tanto, ya estaba pidiendo el puesto de rodillas.

—No puedo, señor Hugard. Es forzoso que vuelva á mi tierra.

—¿Enfermo?

—No.

—¿Rico?

—No.

—¿Cansado?

—No.

—Y entonces...

—¡Es que en mi tierra se muere una mujer!

—Déjala. A la tierra irá.

—¡Es que se muere por mí!

—Una enfermedad que yo no sospechaba. Quizá te equivoques tú.

—¡No, señor! ¡Se muere, se consume, se acaba de mal de amor y de ausencia! ¡Y si no voy pronto, no llegaré á verla viva...!

—¿Tú crees en las mujeres...?

—¡Creo!

—¿Y no bebes...?

—No bebo.

—Allá tú. Pero, en mi sentido, te engañas en las dos cosas...

—No lo tome usted á desprecio... ¡Es que yo mismo padezco de ese mal...!

—Bueno, bueno...

—Y si quiere usted favorecerme, un favor me puede usted hacer.

—Dilo.

—¿Conoce usted al capitán del *Schawik?*

—Sí.

—Háblele por mí.

—¡Andando!

Y sin más palabra, echaron hacia la escalerilla del muelle; un bote les llevó al costado del *Schawik.*

—¡Salud, mi capitán!

—¡Hola, Hugard! ¿A quién traes?

—A un español.

El capitán le miró de arriba abajo.

—¿Español...? ¿Qué más...?

—Enfermo de mal de amor.

—¿Qué es eso?

—Enamorado.

—Llévale á buscar mujeres.

—No quiere más que á una.

—Pues dile que no sea tonto.

—Ya se lo he dicho.

—Pues podéis largaros los dos.

—¡Espera, hombre! Es mi amigo y desea ir en tu barco.

—¿De qué...?

Como el capitán le miraba, Joaquín contestó:

—De cualquier cosa.

—¿Qué sabes hacer?

—Todo.

—¿No será mucho...?

—Y no sabiendo de nada, para barrer los suelos ó echar paladas de carbón, ya serviré.

—Tú lo que pretendes es viajar de balde...

—No.

—¿No...?

—No, señor. Quiero viajar y ganar.

—¿Cuánto?

—Lo que den.

—¿Eres callado?

—Sí.

—¿Eres sufrido?

—No, porque sufriendo voy.

—¿Te mareas?

Joaquín no pudo contener una sonrisa desdeñosa.

—Eso en el mar lo veremos.

—En el mar estás.

—No. El Océano Pacífico es un río.

—¿Y á qué llamas tú mar...?

—Al mío. Al Cantábrico, al que tiene olas como montañas y bravuras como un gigante, y nieblas como sudarios...

—Quédate en el barco.

—Gracias.

—Ganarás lo que valgas. Ya dispondré de tí. Y ahora, señor Hugard, que está usted complacido, beberemos una botellita de Jamaica.

—A falta de Wisky...

—Y que le den una copa á este mozo...

—No bebe.

—¿Que no bebe...?

—No, señor.

—No bebe y padece de mal de amor...

—Es lástima, muchacho. Si no tuvieras este

vicio y tuvieras el otro, llegarías á ser un hombre de provecho.

Y mirándole compasivo, no sé si por el vicio que tenía ó por el vicio que le faltaba, el capitán se encogió de hombros filosóficamente. Luego llamó con un gesto al contramaestre y, ya con el acento severo é imperativo del superior, le dijo:

—Jonnás... Llévese este hombre y empléelo en algo. Si para algo sirve, deme cuenta; si no, prescinda usted de hablarme de él hasta que arribemos á puerto.

Joaquín saludó ya con respeto. Era el jefe ya: la disciplina rigurosa é inflexible, que sólo al mar se tributa y que sólo el mar se merece...

CAPITULO IV

EL DOLOR DE LA AUSENCIA...

I

Al hombro un palo y en el palo un hatillo con la ropa. Bien ceñida á la cintura la oculta tira de cuero con las relucientes libras esterlinas, palpadas de vez en cuando y muchas veces al cabo del día, para persuadirse de que no le abandonaba su tesoro, ¡y hala camino arriba por la montaña, para bajar luego al valle...!

Temblaba de gozo y de espanto. Dentro de una hora, de menos, que el paso se hacía más firme á medida que la distancia se acortaba, la vería...

Y á la sola evocación, al conjuro mágico de aquella presencia de la mujer idolatrada, le enardecía el alma y le mitigaba el cansancio.

Verdad que por ella sacrificara la fortuna, la suerte, el bienestar futuro; verdad que por ella corriera peligros y afrontara sinsabores y humillaciones...; pero, ¿qué suponía todo ante el alborear dichoso de aquella felicidad que se acercaba...?

—¡Soy yo..., yo..., que vuelvo, que traigo el amor y la salud y la dicha...! ¡Soy yo...!

Y fingiendo ya en alta voz la conversación que iba á tener con María Antonia, Joaquín deliraba de alegría y de contento.

¿Cómo la encontraría...? ¿Consumida, devorada de fiebre y de pena, flaca, macilenta..., desfigurada tal vez...?

Pero, ¿qué importaba...? La salud venía con él y volvería á ella, y de nuevo tornaría á ser la moza garrida y sana y arrogante que en un tiempo fuera; que esos milagros y más hace el divino amor para curar de la amorosa pena.

El ansia de llegar, el afán de ver, la dulzura de oir, todo separado y todo junto en la esperada contemplación de su María Antonia, le hacían vibrar el corazón con tal descompasado impulso, que más parecía punzada que latido.

Y, llegando ya, á sí mismo se culpaba por la mortal torpeza de no haber llegado antes. Si María Antonia no se salvaba, si moría, él era el matador; él y la ausencia eran los verdugos... Y, al pensarlo, se entristecía y se le nublaban los ojos, como si ya una mano piadosa quisiera ocultarle, con el lloroso velo, la fatídica visión del Espíritu Pálido.

Por el camino iba encontrando grupos de aldeanos con sus trajes domingueros, en que copian burdamente las modas señoriles, complaciéndose en apartar de sí las alegres y clásicas tocas del país, para caer en la monótona y enojosa uniformidad de las grandes ciudades. Todos llevaban la misma dirección, hacia el mismo lugar iban todos, y, á medida que los adelantaba en su marcha más presurosa, oía otra vez el mismo pastoral saludo:

—Buenos días...

—Buenos días dé Dios y la Virgen...

Y con estas solas frases, amorosas en el sonido y dulces en el acento, revivían potentes los aromas todos de la patria y de la tierra.

Y caminaba más ligero, más ligero, más ligero siempre. Al fin llegó.

Al volver el recodo de la montaña, cortada á pico, y encontrarse de lleno con el embravecido mar, la playa desierta y el grupo de casas, entre las que estaba la habitada por Blas y su hija, el corazón, aquel corazón que brincaba de esperanzas, quedóscle de súbito parado, y, á pesar de todos sus afanes, tuvo que detenerse un instante para que la respiración volviera á darle aliento y fuerza, y el corazón, aquel corazón que brincaba de esperanzas, volviera á latir esperanzado...

Lento, pausado, con la eterna duración de los segundos que se cuentan, Joaquín fué acercándose á la casa...

Cerrada la puerta; cerradas las ventanas...

Llamó. Y volvió á llamar.

Y llamó de nuevo, golpeando los tableros con frenético empuje de sus lastimados puños. Y nadie respondía...

Y entonces sintió que al corazón, aquel corazón que brincaba de contento hacía unos minutos, le llegaba como una ola del mar, destrozadora y amarga; como un vaho cálido y ponzoñoso...

Y pensó en el Espíritu Pálido. Y con mortal congoja se cubrieron las sienes de sudor frío, y tembló su cuerpo todo en invencible sacudida de espanto...

—¡María Antonia! ¡María Antonia!...

Y como si el silencio le hablara de sombríos presentimientos, confirmados ya, volvió á lan-

zar sobre la puerta su robusto brazo en descompuestos golpes, gritando desesperado:

—¡María Antonia! ¡María! ¡María! ¡María Antoniaaa...!

Asomóse una vieja en la casa inmediata.

—¿Qué le pasa, señor?

—¿No vive aquí el señor Blas?

—Vive.

—¿Y su hija?

—Vive, sí, señor. Los dos viven aquí; pero le van en Santa Margarita, que le hay romería.

Joaquín echó á correr, mientras la vieja, espantada, seguía gritando:

—Pero ¿qué le pasa, hombre...? ¿Qué le pasa...?

Adivinaba una historia, una noticia interesante para las comadres, y no creía decente que se marchara sin contarla. Que tuviera penas, bueno; pero que las contara...

Es probable que ella no se las aliviaría; pero, al menos, le quedaba el gusto de ser la primera en referirlas. Por haberle informado del paradero del señor Blas, bien merecía conocer el secreto.

Y, refunfuñando y gruñendo, cerró la ventana.

—Qué poco galanes son los hombres de hoy... No eran así en mis mocedades... ¡Válgame el Señor y su Santísima Madre, lo que cambian los días...!

Y tenía razón. Los hombres no eran así antes.

Verdad que tampoco lo era ella.

Que era moza y garrida... y hoy... ¡Válgame Dios y su Santísima Madre, cómo mudan los tiempos...!

II

En el sotó, bajo los espléndidos y añosos castaños, celebrábase la tradicional romería, mezcla exótica de creencias religiosas y costumbres paganas. El santo, y la devoción que le tienen, es el pretexto para reunirse los romeros; pero, una vez reunidos, suele hacerse casi todo—y algunos hacen todo—, menos rezarle.

Si el santo agradece aquella congregación de fieles, ha de verse muy apurado en sus celestes recomendaciones. Suponiendo que la fiesta se celebrase en honor del Diablo, no sé qué más diabluras harían los devotos...

Y es que la gente va alegre y la alegría acaba siempre en pecado.

Salvo en los casos en que ya por el pecado empiecen...

En dos ó tres leguas á la redonda no quedaba mozo ni viejo, ni vieja ni moza, excepto los impedidos ó los enfermos, que no acudiesen á contarle al santo sus cuitas y que no procurasen, ínterin que el santo las aliviaba, irlas aliviando ellos con unas horas de jolgorio.

Joaquín, desviándose del soto, en donde se aglomeraba el gentío bullidor y retozón, siguió vereda arriba hasta la capilla.

Aquellos gritos, aquellas carcajadas, aquel sonar tristón de la gaita y aquel clamoreo ruidoso de los bailarines, dominado á trechos por el eco estridente de algún cornetín desafinado, le causaba hondo malestar, como si en todo el bullicio hubiera una burla y una ofensa á los hondos pesares de un hombre que venía de muy lejos buscando á una mujer, consumida de pena, que

á los pies de la venerada imagen imploraba por el ausente.

Pero, de pronto, quedóse sobrecogido de aterrador desmayo...

Allí mismo, á pocos pasos, estaba María Antonia. La amada, la amante, la elegida... estaba allí.

Allí estaba María Antonia, la que penaba de amor y se devoraba de ausencias; la triste, la desconsolada, la que el Espíritu Pálido había escogido, señalándola con la raya negra de los que no van á vivir...

Pero allí estaba María Antonia, rebosando de vida y de salud y de contento... Las mejillas encendidas, los ojos fulguradores, el busto espléndido y provocativo, marcando en su ceñido traje las arrogantes curvas de su adorable cuerpo juvenil, y los menudos pies siguiendo rápidos y acompasados el fatigoso esfuerzo de un pobre gaitero que intentaba estérilmente arrancar de su gaita, majestuosa y melancólica, los insólitos acordes de una muiñeira disfrazada de mazurca.

Allí estaba... pero no estaba allí. No era ella... era otra ya.

Y Joaquín, aterrado, inmóvil, silencioso, sintió que por su alma caía, destrozándola cruelmente, la ilusión de su vida. Le pareció que alguien, implacable y sañudo, había alzado el dolor como si fuera una ciclópea maza y con ella se recreaba en ir aplastando indiferente los ensueños y los amores que por el alma iba encontrando.

Así caían, con fragoroso estrépito, desde lo alto de las montañas por los barrancos inaccesibles, aquellos pinos corpulentos que el hacha de Joaquín había cortado.

Ellos cayeron; él caía. Era su turno: ese turno

fatal de la existencia, que, inexorablemente, ha de cumplirse. Y se resignó.

Vino á consolar una pena, y la pena no existía. ¿Para qué vino entonces?

Y preguntándoselo á sí mismo, tristemente se alejó de aquellos lugares con la calmosa sangre fría del que marcha hacia un punto adonde le es igual llegar pronto, ó llegar tarde, ó no llegar.

Marchaba cabizbajo, sonriendo, con la absurda pasividad de todo el que recibe una sacudida moral enorme é inesperada y en los primeros momentos no acierta á darse cuenta.

Y por una extraña remembranza de sus pensamientos, por esa lógica misteriosa que encadena y enlaza los hechos triviales á los hechos horrendos sólo por la circunstancia de habérsenos presentado á la par, Joaquín llevaba en su oído, destacados y precisos y sonoros, los acordes de la gaita que acompañaba en su baile á María Antonia.

E inconsciente, sin percatarse de que lo hacía, Joaquín caminaba vereda abajo tarareando aquella mazurca que el pobre gaitero no supo darle aire distinto de su clásica muiñeira.

Y unas mozas, que en la vereda se cruzaron con Joaquín, le dijeron al oirle cantar:

—¡Contento vas, hombre!

Joaquín las miró desconcertado.

Ellas siguieron. El siguió también; y con rabia, con ira, enojado consigo mismo, tornó á tararear más fuerte su mazurca amuñeirada.

CAPITULO V

EL ORO DEL MAR

I

Escondido, más que escondido agazapado, en el rincón obscuro de un cuarto que pretendía tener honores de sala en la posada del pueblo, Joaquín pasaba las horas y los días en feroz mutismo.

Allí le habían llevado, y bien se estaba allí. Si á otra parte le llevaran, igualmente estaría.

Cuando le recogieron en mitad del camino, era un cuerpo sin vida. Al principio temían que estuviese muerto; después pensaron que borracho, y, al fin, creyeron que estaba loco; pero como su docilidad—el dócil complacer de los que sufren—no inspiraba peligros, determinaron dejarlo en la posada.

¡Suerte fué! Si acuerdan ponerlo en un ataúd y clavar la tapa luego, no hubiera protestado. Para todas las preguntas tenía una sola respuesta:

—Igual es. Es igual.

—¿Quieres comer?

—Igual es...

—¿Por qué no sales un poco?

—Igual es...

Y todo era igual. Vivir ó morir, igual era. Si vivía, bueno; si moría, bueno...

El señor cura, un viejo y un santo, que creía en todos los milagros y confiaba en todos los hombres, había venido aquella tarde para intermediar en el asunto.

El señor Blas le suplicara que lo arreglase. La hija enfermó de veras. Joaquín estaba como poseído... Había que arreglarlo.

—Vamos á ver, hombre, ¿qué te sucede?

—Nada...

—¿Por qué estás así...?

—Es igual, señor cura.

—¿No comprendes que es contra Dios esa indiferencia...?

—Será...

—¿Y se condenará tu alma é irás al infierno?

—Iré...

—¡Pero es que no debes ir...!

—Es igual, señor cura...

—Vamos á ver, vamos á ver, hijo... No te pido que cambies tu parecer ni modifiques tu conducta, que tus razones tendrás; pero yo merezco que me trates con más respeto y no me hagas la injuria de callarte cuando te hablo.

—Dispense...

—Vamos á ver... ¿Te han dicho algo malicioso...? ¿Sabes tú mismo de alguna acción torpe ó deshonesta, de algo que lastime la fama limpia de esa mujer?

—Nada; pero es igual...

—¡Caray, no lo es! ¡Y perdona que diga estas palabras, porque tú me desesperas con tanto igual, hijo! ¿Quedamos en que de honrada y de digna no hay pero contra la María Antonia, eh...?

—Quedamos...

—¿Sabes algo de novios ó de cortejos...?

—Nada...

—Y entonces, condenado de cocer, si es buena y limpia en su conducta y te quiere y la quieres, ¿por qué demonios no os queréis, hombre...?

—Porque yo no la quiero.

—Y si no la quieres, ¿por qué sufres?

—Porque es igual...

—¡Y dale otra vez...! ¡No seas porrón, Joaquín...! El señor Blas consiente en que os caséis.

—Bien...

—Ya no te pide casa ni barca...

—Dinero traigo para ellas.

—Es que no las pide, hombre. Si lo traes, mejor, pero no hay dificultad.

—Bien...

—¿Para cuándo, pues...?

—¿El qué...?

—La boda, porra; ¿qué ha de ser?

—Para nunca. Yo no quiero á María Antonia, ni me quiero á mí, ni quiero á cosa ni á persona que esté sobre la tierra.

—¡Te advierto que eso es blasfemia...!

—Es igual, señor cura...

—¿Pero no acabarás de decirme lo que te pasa...?

—¿Lo que me pasa...? Pronto se dice. ¡He despreciado riquezas, he pasado penalidades y sufrimientos para correr á su lado cuando supe que se consumía de amor, que se entristecía de ausencia, que penaba de ansias...! He vuelto para consolar una pena... ¿no hay tal pena...? Pues hice mal en volver.

—¿Y no es mejor que la encuentres sana, y fuerte y alegre...?

—¡Ay, no, señor...! ¡El verla sin pena me dió

una pena tan grande, que es de las que ahogan, padre cura!

El cura quedóse absorto. Aquella sutileza, aquel serpentear de la lógica, aquellas revueltas del cariño sintiendo el bien de los seres á quienes no se desea más que el bien, pasaban los límites de sus razonamientos simplicísimos y toscos. El entendía de llevar almas al cielo, pero se declaraba incompetente para seguir á las almas por la tierra. La primerá labor era muy sencilla: ¿almas buenas...? ¡Andando, al cielo! ¿Almas malas...? ¡Andando al infierno! Y se había concluído la complicación. Pero esta otra tarea de silogismos, de premisas y de todos esos zafarranchos que armaban los filósofos retorciendo las almas como trapos mojados para exprimir el jugo de refinamientos y de sensaciones incomprensibles... no, no; de eso vade retro, que el pecado anda muy cerca de la curiosidad.

Y acudiendo, para salir del compromiso espiritual, á la gramática parda del aldeano, de ese aldeano que hay siempre debajo de las sotanas rurales, le dijo:

—Mira, hijo; de esas monsergas y de esas cavilaciones en que te has enredado, ya iremos saliendo con la ayuda de Dios. Ahora, lo prudente es que atiendas á tu salud, y para ello no hay mejor medicina que el trabajo. Con tu licencia, y ya que traes dinero y volverás á tu oficio, yo voy á comprar en tu nombre una barca, una buena trainera que está de venta, y en cuanto sea tuya la bautizamos solemnemente y sales al mar. Después, Dios dirá...

—Es igual...

—La compro, ¿eh?

—Es igual, señor cura.

—Pero la compro, ¿sí ó no...?

—Cómprela.

Y el bueno del cura, satisfecho, se despidió hasta el día siguiente. Un capítulo de su gramática parda, que acababa de practicar, le decía claramente que el amor de las personas vuelve con el amor de las cosas y de los sitios, y si Joaquín compraba la trainera, amaría la trainera y el sitio donde la amarrara ó el pedazo de playa adonde la trajera, y amaría las mujeres que viese al desembarcar...

Si al desembarcar veía á María Antonia, á María Antonia..., etc.

Y sin saber que lo eran ni sospechar que se metía tierra adentro por los silogismos aborrecidos, el señor cura iba escalonando en su imaginación unas premisas infalibles.

II

Joaquín, al quedarse solo, razonó de igual manera.

Se explicó entonces el porqué de su indiferencia. Le era todo igual porque á todo podía hacer frente de momento con el dinero que guardaba en el cinto. Si tuviera que buscarse la vida, que ganarse el pan, sería menester decidirse: morir de miseria, y eso era muy largo, ó trabajar, y eso era muy urgente. Pero mientras tuviese...

Y del mismo modo se explicaba ahora con evidente claridad el porqué de su estancia en el pueblo tantos días cuando su propósito era regresar de nuevo al Anckland. Tenía el propósito, pero no tenía la necesidad de marchar; y el cuerpo, indolente, y el ánimo no sé con qué vagos é

indecisos luminares, le detenían y le apresaban.

La idea de aquella barca comprada por su maquinal consentimiento, le obsesionó. Comprendía que la barca era su voluntaria esclavitud, su permanencia definitiva en el pueblo, su encuentro diario con aquella mujer que no supo penar en su ausencia...

Y comprendió también que jamás tendría valor para marcharse mientras la dura necesidad no le forzase á ello. Y ante el espanto de ceder á las cariñosas presiones, de volver á la adoración de quien no penaría en ausencia alguna, sintió tan formidable y tan trágica la imperiosa ley de su voluntad decidida, sacudiendo sus dormidas energías, que se puso en pie de un brinco.

Y á escape y corriendo, temeroso de un cobarde arrepentimiento, salió de la posada, fuése á orillas del mar, y en el mar arrojó, á puñados, tan lejos como sus fuerzas le permitieron, las relucientes y doradas libras esterlinas que constituían toda su fortuna...

Y, obligado ya por la necesidad, por el hambre que iba á llegar, por la pobreza que ya había vuelto... emprendió tranquilo y reposado el camino de la ciudad para buscar vapor donde hacinarse como oveja miserable del inmenso rebaño de emigrantes.

No quiso dar un rodeo, para evitarse el pasar por delante de la casa: era su camino, y le seguía inflexible, recto...

Pero al pasar, tranquilo y reposado... ¡creyéndose tranquilo y reposado...!, sintió que el corazón, aquel corazón que brincara un día de esperanzas, quería saltársele del pecho...

Y al pecho se llevó las dos manos para contenerle, y en el pecho se clavó las uñas con feroz

denuedo, para que el dolor de la herida le aliviara el dolor de la ausencia.

Y, sin mirar ni detenerse, siguió su marcha.

Pero apenas hubo pasado, se echó á llorar.

Y fué que en el alma se le metieron, de golpe y airadas, las tristes andanzas de un camino que iba de cara hacia el olvido y hacia el destierro...

COMO SI FUERA EPILOGO

Vosotros, los que leéis los cuentos escritos mirando el final, primero, para ver cómo acaba la historia...

Vosotros, los que veis en la mujer el fin de la posesión, y en la posesión el principio de toda delicia...

¡No leáis mi cuento!

Para vosotros, hombres y mujeres, que os habéis creído amantes; mujeres y hombres que os lo creéis aún, para vosotros va la amorosa historia de un fiel amador...

QUERER Y NO QUERER

PREFACIO

Hace mucho tiempo—no sé bien si fué hace un siglo ó un día, que las cosas pasadas van todas al mismo despeñadero de lo olvidado, aunque no se figura que siempre ha de conservarlas en los remansos, felices ó dolorosos, de la frágil memoria...—hace mucho tiempo, digo, que rondaba por mi voluntad el deseo persistente de referiros un lance de amor.

Es una historia vulgar, que tiene la inmensa grandiosidad de lo que á todos nos ocurre, por más que á todos no nos haya ocurrido. Fué en otro, pero pudo ser en uno mismo...

Pertenece al número de esas infinitas narraciones que, una vez oídas, quizá sin concluir de contarlas, le sugieren á uno un cuento parecido. Eso me recuerda lo que me pasó á mí...

Entre lances de amor... y amores de lance... ¿quién no tendrá un cuento en que el héroe sea un olvido...? ¿Quién no tendrá un olvido en que uno se avergüence de ser el héroe...?

Leed mi historia: cambiadle luego—ó antes—algún nombre, y ya veréis cómo se parece á la vuestra; que en el andar de la vida, y más aún

cuando la vida ya va andada, la historia de todos es la historia de uno mismo.

Por eso los viejos saben tantos cuentos, que nadie les ha contado... y es únicamente porque saben el suyo; que toda la sabiduría de la vida se reduce á haberla vivido.

Y sin más prefacio, que lo mucho huelga y lo breve se apetece, vamos con el sucedido, narración, leyenda ó lo que fuere, que yo mismo no estoy muy seguro de lo que fué.

Para seguir un método—y para que brinquen páginas los amadores de la acción y los fervientes de los hechos, que desprecian detalles y comentarios—dividiremos este episodio en tres capítulos, que podrán titularse: el escenario, los tipos y el cuento. Un capítulo para enteraros en dónde pasó, otro para conocer entre quiénes pasó, y el último para que sepáis, por fin, lo que pasó... ó lo que no pasó, con grave riesgo de incurrir en censura de los hombres prácticos, que suelen ser, en lo escondido de sus intimidades, los más románticos soñadores de ese sueño que se llama poesía, y de ese ideal que se llama el puro amor...

CAPÍTULO PRIMERO

EL ESCENARIO

Á primera vista, parece indiferente que las cosas ocurran en un sitio ó en otro, y, sin embargo, ahí está el secreto de las cosas mismas. De lo poblado á lo desierto, de la hora, de la luz... depende nuestra situación de ánimo, y por consecuencia las sensaciones que experimentamos y los actos que se realizan. En el desierto, el valor se divide por el vacío; ante gente, el valor se multiplica por la vergüenza: de ahí la cobardía ó la heroicidad. En un país de sol, sin crepúsculos, eternamente irradiador, no habría más que locos; en un país de nieblas, puede haber amadores también; que nadie, para soñar, busca la luz esplendorosa, sino la suave penumbra de la mañana ó del caer de la tarde, cuando las formas, indecisas y desdibujadas, toman fácilmente la forma que la fantasía quiere darles.

El sol y el calor, juntos, no han sabido crear más que la exaltación furiosa ó la dormilona pereza; la obscuridad y el frío, juntos, han creado los dioses, los fantasmas y las ánimas errantes y trasnochadoras con su blanco séquito de apari-

ciones, que hacen pensar que tiemblan de miedo á los que sólo tiemblan de frío...

La lluvia, la bienhechora lluvia, que purifica la atmósfera y da vida al germen escondido en la tierra, y es el primer elemento, quizá el único indispensable para la existencia de todos los seres... ¡cuántas tristezas habrá dado sólo por el monótono canturreo de sus gotas al chocar y deshacerse contra el suelo y los muros...!

Hay muchas cosas que no pueden ocurrir más que á una hora determinada; hay muchas pasiones que no vibran con fuerza bastante para exteriorizarse más que á una hora y á una luz precisa; hay muchos amores que no pasarían de la frivolidad de amoríos si no encontraren la hora, la luz y el sitio adecuado. A una hora cualquiera, y en cualquier lugar, se llega á poseer; pero hace falta la hora tranquila, el sitio oculto y la luz discreta, que casi no sea luz, para disfrutar de lo que se ama y se logra.

En medio del campo, á medio día y mediando su carrera el sol, se explica uno las batallas, las faenas de la labor ó el paso de una brillante comitiva... de todo lo que requiere una claridad potente para herir seguro, trabajar de firme ó deslumbrar con sedas y brocados. Es buena hora y buen momento para lo que se encamina á producir efectos exteriores: para codicias, odios y vanidades; pero no es sitio ni ocasión para que se atreva á salir del refugio de un alma un sentimiento noble y pudoroso...

El día es de los audaces; la noche es de los tímidos. El día es para los que pelean; la noche para los que se rinden.

La luz es para los que buscan; la sombra, para los que aguardan. La luz es para el que necesita

ver; la sombra, para el que ya ha visto... y para el que tiene los sentidos tan hechizados que ve sin mirar lo que acaricia sin ver...

Y si la hora y el sitio y la luz alteran de tal modo nuestro pensar, forzosamente he de presentaros, con el mayor relieve posible, el lugar de la acción, para que os percatéis bien dónde pasan, á qué hora pasan, y por qué pasan los lances que voy á referiros, que de estos detalles pende la verosimilitud de mi relato.

Se alzó el telón. El escenario representa un saloncito, en una casa de Madrid; no artístico ni lujoso; no modernista, ni siquiera moderno, pero sí muy limpio y muy coquetón. No hay fortuna en los dueños de la casa para permitirse el costoso capricho de remozar los mobiliarios al compás de la moda; pero en todo ello se observa pronto que por allí ha pasado la mano de una mujer que sabe mandar... ó la mano de un hombre que piensa en una mujer.

Los cortinajes y la sillería, de un color pálido y de un solo color, demuestran que se han preocupado de no llamar la atención eligiendo un tono llamativo y de no verse precisados á comprar otros cada dos años; que los dibujos cambian rápidamente, y un color, ó mejor dicho, el matiz de un color, no resulta anticuado jamás.

Evidentemente, aquello es obra de un ángel de la administración; ángel, por lo que tenga de femenino, y administración por lo que se nota de ahorradora. No es un salón ideal, ni siquiera ideal *room*, pero es un saloncito muy mono, con el buen gusto de tener unos grabados preciosos en vez de unos cuadros malos, y con el buen acuerdo de no poner más sillas que las que lógicamente pudieran ocuparse en las visitas acos-

tumbradas, de modo que las personas encuentren sillas, pero no que las sillas estorben el paso á las personas y haya que apartar media docena para sentarse en una, como suele ocurrir en algunos sitios, en los que es preciso un curso de estrategia para avanzar y otro curso de mundología para no azorarse, viéndose obligado á dar con la mano á unos cuantos muebles antes de dar la mano á la señora de la casa; y conozco pocas situaciones tan cómicas como la del buen señor que va tropezando con butacas y mesitas volantes tras de una dama que parece muy próxima y está, sin embargo, muy distante por el dichoso laberinto que les sirve de defensa. Y menos mal cuando las damas limitan á eso su defensa...

Una lámpara de pie, con su pantalla de papel plegado, de habilidosa confección casera, y otra, central, en el techo, de tres brazos, procedente de una fábrica alemana, de esas que han inundado los bazares.

Una puerta grande, de las que llaman solemnemente de recibo, situada al foro, ó sea al frente del espectador, y otra pequeña, á derecha, de las que familiarmente se denominan puerta de escape, y por donde entran muy precipitadas las señoras que están aguardando hace mucho tiempo la visitita esa, como si las sorprendieran sin terminar de arreglarse. Y generalmente es verdad, que no se arreglan hasta después...

A izquierda, dos ventanas, con los mismos stores del mismo hilo crudo y con la misma cenefa calada de todas las ventanas de todas las casas de todo Madrid.

Estamos en invierno, por la tarde, á eso de las cinco, cuando todavía hay suficiente claridad

para no precisar que se encienda la luz artificial, y cuando hay bastante poca luz para que no resultase injustificado el encender otra. Es el instante en que se dice que estamos entre dos luces, aunque en rigor no hay más que una y débil. Pero reconoceremos que para mucha gente buena y para muchas intenciones malas, esa es sobrada.

De manera, pues, que el escenario ha de representar un saloncito cuidadosamente puesto; ha de ser en invierno, á la caída de la tarde, y no habrá más luz que la natural del día en esa hora y en ese tiempo.

CAPÍTULO II

LOS TIPOS

De igual modo que el decorado reflejará con aproximada exactitud el lugar en que la acción va á desarrollarse, es menester que los tipos que en ella figuran se caractericen en consonancia y con la propiedad indispensable, para dar idea de que verdaderamente son lo que aparentan, prestando especialísima atención, no á lo que ellos hablan, que eso por fuerza han de saberlo, sino a lo que de ellos hablan, que eso en muchas ocasiones lo ignoran, por el desprecio absoluto, y no siempre justificado, que algunos señores comediantes se complacen en demostrar á todas las escenas en que no intervienen, creyendo que las obras empiezan cuando ellos entran y terminan cuando ellos desaparecen.

Los primerizos literarios se deleitan describiendo, con prolija minuciosidad, todos los rasgos que estiman convenientes para dar la impresión más cabal del personaje imaginado; los que tenemos ya alguna práctica, nos ahorramos este futuro desengaño, pues son contadísimos los artistas que se caracterizan, y más contados aún

los que han estudiado el difícil arte de cambiar las líneas generales de una fisonomía.

Unos bigotes sujetados con gomas á las orejas, que dan siempre el efecto encantador de bozales mal colocados, aunque en alguna circunstancia puedan ser merecidos; una peluca que vaya lo más despegada posible de la frente, de las sienes y del cuello, sin duda con la sana intención de no engañar al público ni en eso, y para que conste bien que es postiza, y cuatro tiznos en las mejillas para avejentarse, ó cuatro golpes de carmín con la delicada brocha de un dedo humedecido—y que de paso se lava—para causar destrozos en los corazones sensibles á tanta belleza... y á tanta distancia, constituyen el ajuar y el trabajo diario para la diferenciación de los tipos que representan.

Siendo este accidente de los más importantísimos para la ficción escénica, es de los más descuidados; casi me atrevería á decir que á los artistas no les importa poco ni mucho; y así se da el caso de que cobren magníficos sueldos, y sean muy solicitados, actores que no tienen más mérito que el poner un poco de empeño en la presentación de su tipo. Pero esto, los demás, se obstinan en no reconocerlo, y continúan con la santa rutina y las gomas flojas...

En los viejos no hay que cavilar ya en mudanzas que, después de todo, á ellos solos les atañe, si han de conservar su puesto; en los jóvenes, por fortuna del arte y para provecho suyo, va iniciándose una saludable reacción; y podría citar, si á cuento viniera dentro de un cuento, los nombres de una docena que cavilan y ponen en tortura el magín para aproximarse á esta rea-

lidad, en donde estriba el éxito de las obras y el prestigio de los actores.

Si este mi *Querer y no querer*, en el que sólo puse quereres, llevara rumbo para el teatro, no diría más que las consabidas acotaciones de los repartos usuales: *Enrique, cuarenta años...*, y que el actor comprenda y componga al Enrique ese como mejor le venga en gana; pero, tratándose de lo escrito únicamente, cabe, sin miedo á la desilusión, pintar y describir como en la imaginación—ó en la realidad—lo he visto.

Como por el mundo siempre andan revueltos y en inseparable amasijo lo bufo y lo trágico, lo serio y lo burlesco, sin que nadie sepa jamás en qué estado de alma se encuentra el alma de quien habla con uno, mi tragicomedia lleva también mezclado lo grotesco y lo sentimental, lo que es hambre del cuerpo y lo que es ansia del espíritu, sin parar mientes en la oportunidad del contraste; que esto de ser oportuno tiene, como todo, sus dos caras, y si el que va á solicitar un favor de dinero á un hombre agobiado por una pena cruel é inconsolable de momento, es inoportuno al hablar de su miseria ante la miseria más honda de aquel dolor, en cambio el otro no es nada oportuno negándose á aliviar á un desvalido cuando él mismo ansiaría alivio para su pesadumbre; y si le socorre, como no buscaba más que esto, lo ha encontrado todo, y difícilmente llamará á otra puerta en mejor ocasión...

Cuatro son las siluetas que pretendo dibujar: dos mujeres y dos hombres. Una, desengañada, temerosa, con esperanzas que no se atreve á formular; otra, engañándose á sí propia con palabras que no están de acuerdo, ni lo pueden estar, con sus ambiciones. Uno, falso y poco leal,

pero equivocándose honradamente en su ansia de lealtades; otro, ruin, consciente de su ruindad y gozoso de lograr su objeto, cualquiera que sea la opinión que forme de sus actos, aunque ya está persuadido de que cualquiera ha de ser mala.

La desengañada, la temerosa, se llama en el cuento Isabel. En la vida de quien lo lea, él sabrá cómo se llamó... Puede ser alta, con ondular de espiga y morbideces de diosa; puede ser baja, con andares pausados y contornos de matrona..., que la historia de su cuerpo no va por el cuerpo, sino por el alma; y cuanto de ella espero, como tipo, ha de leerse en las frescas arrugas, en las contadas canas, precursoras de próximas nieves, y en los ojos, inquietos y escrutadores, siempre que no estén como dormidos y sin brillo. Cuando le refrieguen los afanes, resplandecerán los ojos; cuando la conversación vaya normal y tranquila, tranquilos y apagados estarán sus ojos.

En el hablar será cautelosa, al modo con que se expresan todos los que han sufrido mucho; al responder será convencida, como todos los que esperan. Y de su persona entera, de sus gestos, de sus inflexiones, del mismo pasar rápido y aparentemente voluble del temor á la confianza, se desprenderá sinceridad y franqueza.

Del traje se deducirá idéntica persuasión de verdad. Ni tocas de viuda inconsolable, de esas que llevan tanta pesadumbre en el vestido y tanta alegría en el semblante, y van tan ligeras por la calle como si les hubieran colocado sello de urgencia para llegar á nuevo y feliz destino de amor, ni chocarrero equipo de señora, de esas que van solicitando que nadie crea que lo son.

En una palabra; una mujer de las que los

hombres dicen que son elegantes después de haberlas mirado un rato con detenimiento, no de las que ellas mismas avisan su elegancia...

La segunda dama no es dama más que por su palabra. La posición social es de sirvienta con grado de señora, ama de llaves por las llaves, reina por las pretensiones y criada por el aprecio. No sueña con nada y aceptaría todo. Se llama Remedios; la llaman doña Remedios, y ella querría ser la señora doña Remedios, por su fortuna, ó la señora de Tal..., por su estado.

Moralmente, es la envidia andando, cuando anda, y la envidia parada, cuando se detiene. Físicamente, es jamona. Legalmente, es soltera; en imaginación, es viuda. Come bien, duerme bien y habla mal.

Ella y yo creemos en la felicidad terrestre, salvo el detalle, que ella sola deplora, de la susodicha viudez espiritual.

El primer papel de galán va repartido á un hombre maduro que, naturalmente, no cree en su madurez, que ya ha venido, y sigue creyendo en la juventud, que ya le huyó... Fué joven, se lo llaman los viejos, y está decidido á no entregarse; tiene ya algunas canas y las enseña, gozoso, para explicar cómo el pelo blanco no es signo de vejez.

La prueba es que él las tiene...

Las arrugas le hacen sonreir; es señal de que ha vivido de prisa.

Los consejos de prudencia le envanecen; es señal de que los demás reconocen sus aventuras pasadas. Todo para él es sistema de acatamiento ó prueba de superioridad masculina, y está encantado de todo, pero especialmente de sus defectos.

Con las mujeres cometió muchas charranadas; pero el buen Enrique no se conceptúa charrán, porque en el fondo de su corazón guarda inmaculado un cariño, y á éste le debe respetos y perseverancias: el resto, no cuenta... ó por lo menos, no lo cuenta él.

Sus amoríos empezaron siempre confesando que tiene otro amor, y, como no ha engañado al empezar, se considera en franquía para concluir.

Físicamente, puede ser un buen mozo ó, sin serlo, puede estar clasificado entre los hombres afortunados.

El otro personaje varón que completa el cuarteto, no precisa signos especiales, ni estudio de carácter, ni modales determinados, ni siquiera ropa negra, como dicen los chulos.

Rodríguez es uno cualquiera, que ha de parecerse á uno cualquiera; del modo que le caractericen así ha de ser.

Joven ó viejo, distinguido ó vulgar, elegante ó derrotado, así es.

Este me parece el tipo más fácil de representar...

Fuera de estas dos parejas, sólo existe un personaje episódico, una florista, que ha de ser joven y bonita, para diferenciarse de las floristas verdaderas, que les ha dado por ser viejas y feas, figurándose quizá que basta y sobra con el encanto de las flores para amortiguar la desilusión de sus mugrientas y ajadas fisonomías.

¡Error deplorable!

Aun no van muy lejanos los tiempos en que las chiquillas, vendiendo flores, pregonaban amores; hoy tiran de lejos los ramos de rosas para obligar á que les paguen como limosna lo que na-

die compraría por el gusto de cruzar una palabra galante con una vendedora gentil y arriscada, pues las floridas Venus del arroyo se han trocado en utilísimas, pero desagradables Celestinas de lo barato...

Ya está el escenario y ya están los tipos; ya está el lugar y la hora. Alzada la cortina, el apuntador en la concha, encendidas las baterías é impaciente y silencioso el temido senado.

Hay una pausa breve y terrible.

El segundo apunte ha dicho ya, á voz en grito, las fatídicas y clásicas palabras: «¡vamos á empezar!...»

Y corre por los nervios de los actores un estremecimiento de ansiedad.

Atención, que la comedia empieza...

CAPÍTULO III

EL CUENTO

PERSONAJES

Isabel	36 años.
Remedios	40 años.
La florista	18 años.
Enrique	40 años.
Rodríguez	De 20 á 70.

La acción en Madrid. Epoca actual.
Derecha é izquierda, las del actor.

ESCENA PRIMERA

Remedios

Remedios.—¡No sé qué me pasa hoy...! Tengo el alma en un puño... ¡Suspiro por nada...! *(Coge una silla, se queda absorta un momento y suspira).* No es posible que esta silla despierte en mí ningún recuerdo, y, sin embargo, suspiro. ¿Qué tendrás, Remedios, qué tendrás...? ¿Irá á ocurrirme algo...? Tengo el presentimiento de que sí; pero... ¿qué te ocurrirá, Remedios, qué te ocurrirá...? *(Deja la silla en su sitio, vase por izquierda y vuelve con unos jarritos que coloca sobre la mesa). (Se sienta, se levanta, vuelve á*

sentarse y suspira). Esto no es natural, á mí me pasa algo... *(Se oye el timbre y vase por el foro, volviendo con Rodríguez.)*

ESCENA II

REMEDIOS y RODRÍGUEZ

RODRÍGUEZ.—Ya lo sé.

REMEDIOS *(Queriendo detenerle).*—Le repito á usted que aquí no tiene despacho el señorito Enrique.

RODRÍGUEZ *(Insistiendo en pasar).*—Ya lo sé. No es más que poner una nota.

REMEDIOS.—No hay pluma ni papel.

RODRÍGUEZ.—Con lápiz.

REMEDIOS.—No hay lápiz tampoco. Déjeme usted el recado de palabra.

RODRÍGUEZ.—Imposible. Es una cosa muy delicada y de cierta complicación. Necesito decirla yo mismo.

REMEDIOS.—Como usted guste...

RODRÍGUEZ.—¿Vendrá en seguida...?

REMEDIOS.—No puedo decirle á usted...

RODRÍGUEZ.—Porque le esperaría un momento.

REMEDIOS.—Dispense usted, caballero; tengo orden de no recibir á nadie.

RODRÍGUEZ.—Somos muy amigos...

REMEDIOS.—Precisamente, la orden es de no recibir á los amigos, que los demás no han de venir.

RODRÍGUEZ.—Alguna excepción habrá...

REMEDIOS.—Ninguna. Esta es la casa de sus hermanos, y el señorito Enrique tiene la suya.

RODRÍGUEZ.—Ya lo sé; de allí vengo.

REMEDIOS.—Y usted comprenderá que, no teniendo el gusto de conocerle, no voy á exponerme á dar entrada á un cualquiera y que...

RODRÍGUEZ.—¿No lo dirá usted por mí...?

REMEDIOS.—No, señor, no lo digo por usted... pero se lo digo á usted para que se haga cargo de mi situación; que yo soy la responsable, y á veces la gente no es lo que parece...

RODRÍGUEZ.—¿Qué le parezco á usted?

REMEDIOS.—Por de pronto, un señor que no tiene mucha prisa.

RODRÍGUEZ.—Ya me marcho. Anúnciele usted que volveré... Deseo hablarle cinco minutos.

REMEDIOS.—¿Su gracia de usted?

RODRÍGUEZ *(Recordando el recibimiento poco afectuoso).*—Ninguna. *(Saca la cartera y de ella un puñado de tarjetas.)* El marqués de Cerdeña.

REMEDIOS *(Sobrecogida por la sonoridad del título).*—¡Ah...!

RODRÍGUEZ *(Gozando del efecto causado).*—No es uno lo que parece.

REMEDIOS *(Deshaciéndose en amabilidades).*—Perdone usted que no le haya ofrecido asiento...

RODRÍGUEZ *(Indulgente y generoso).*—Es igual... *(Entrega una tarjeta.)*

REMEDIOS *(Espantada, leyendo).*—¡El duque de Mediovel...!

RODRÍGUEZ *(Con naturalidad).*—¿Le di á usted una tarjeta de duque...?

REMEDIOS.—Sí, señor...

RODRÍGUEZ.—Es igual. Las uso indistintamente.

REMEDIOS *(Queriendo borrar las crudezas anteriores).*—Hágame usted el favor de sentarse...

RODRÍGUEZ.—Volveré...

REMEDIOS.—Para descansar. El señorito me reñirá si no le recibo á usted cortésmente, y aun-

que no sea yo á quien busca, creo que por unos instantes no desdeñará usted mi conversación.

RODRÍGUEZ.—No, señora...

REMEDIOS.—Mi posición actual no es la que debiera ser, pero estoy muy acostumbrada á sociedad.

RODRÍGUEZ.—Se ve que es usted una persona distinguida...

REMEDIOS *(Deslumbrada, y, por consecuencia, dispuesta á decir tonterías...)*—¿Se ve...?

RODRÍGUEZ.—Sí, señora. ¿Quizá sea usted pariente de Enrique...?

REMEDIOS.—Todavía no. ¡Vamos, no, no...!

RODRÍGUEZ.—¿Hay algo entre ustedes...?

REMEDIOS.—Nada. Aunque á veces me mira, yo creo que no me ve siquiera; pero tenemos una gran intimidad... Nos hemos criado juntos; somos hermanos de leche...

RODRÍGUEZ *(Que no le importa la charla y está distraído)*.—¿De leche...? A mí me gusta mucho...

REMEDIOS *(Explicándoselo)*.—¡Que somos hermanos...!

RODRÍGUEZ. — Perfectamente. Sólo por estar cerca de usted, envidio á Enrique.

REMEDIOS.—¡Por Dios, señor duque...!

RODRÍGUEZ.—No me llame usted duque.

REMEDIOS.—¡Por Dios, señor marqués...!

RODRÍGUEZ.—No me llame usted marqués.

REMEDIOS.—¿Y entonces?

RODRÍGUEZ.—Juan.

REMEDIOS *(Encantada de tanta llaneza)*.—Y yo, Remedios.

RODRÍGUEZ.—Muy bien. Pues, amiga Remedios, si yo estuviera en el caso de Enrique, apreciaría bastante mejor la amistad de usted.

REMEDIOS.—¡Por Dios, señorito Juan...!

RODRÍGUEZ.—Sin esperanza ninguna, naturalmente, porque me parece usted una mujer muy formal, muy digna, muy discreta...

REMEDIOS *(Encalabrinada con tanto buen parecido).*—¡Por Dios...!

RODRÍGUEZ.—Y en esas condiciones que tanto le honran á usted, sería inútil pensar en... en lo que no ha pensado Enrique.

REMEDIOS.—Viniendo con buen fin...

RODRÍGUEZ.—Con buen fin, eso por de contado. Se lo diré á Enrique, porque debo guardarle esa deferencia; pero si él no se decide, ya hablaremos, ya hablaremos...

REMEDIOS.—He podido casarme hace poco...

RODRÍGUEZ.—¿Es usted viuda?

REMEDIOS.—No, soltera.

RODRÍGUEZ *(Que no atiende).*—¿Hace mucho...?

REMEDIOS.—¡Señorito Juan...!

RODRÍGUEZ.—Estoy preocupado. Volveré...

REMEDIOS.—Ya estará prevenido por una servidora.

RODRÍGUEZ.—Gracias. Es usted una mujer muy simpática...

REMEDIOS.—¡Por Dios...!

RODRÍGUEZ.—Muy amable...

REMEDIOS.—¡Por Dios...!

RODRÍGUEZ.—Y muy inteligente. Ya hablaremos de eso, ya hablaremos... ¿Me da usted la mano...?

REMEDIOS *(Para no regatear).*—¡Las dos!

RODRÍGUEZ.—Gracias. Hasta luego.

(Se va Rodríguez por el foro. Remedios le acompaña y vuelve.)

ESCENA III

REMEDIOS, sola

REMEDIOS.—No lo creo, no. No lo creo... ¡Pero vamos, que si yo fuera duquesa de Mediovel y marquesa de... de aquello otro que me dijo...! No lo creo, no; pero vamos que, aun creyéndolo, no sería ningún desatino. *(Se sienta, se levanta, suspira.)* A mí me pasa algo, no cabe duda. ¿Será el duque lo que me pasa...? ¿Quién sabe...?

(Se sienta, se levanta, vuelve á sentarse y suspira. Se oye el timbre, sale por el foro y retorna con la Florista.)

ESCENA IV

REMEDIOS y la FLORISTA

FLORISTA.—¿Es usted doña Remedios?

REMEDIOS.—Sí, hijita.

FLORISTA.—Pues, para usted. *(Entregándole unas rosas, envueltas por los tallos en un papel de seda.)*

REMEDIOS.—¿De parte de quién?

FLORISTA.—No ha dicho su nombre. De un caballero que las ha comprado ahora mismo.

REMEDIOS.—¡Qué discreto...! ¡Y qué lindas son, qué encantadoras y qué aroma tienen...! Se ve que es un hombre de gusto hasta en esto.

FLORISTA.—Buenas tardes.

REMEDIOS.—Espera. Toma esta peseta para ti... Si acaso vuelve mañana á comprarte más y te pregunta, di que te he dado dos.

FLORISTA.—Bueno...

REMEDIOS.—Para que vea el duque que las aprecio.

FLORISTA.—¡Es un duque!

REMEDIOS *(Molestada).*—¡Pues, qué iba á ser!

FLORISTA.—Abogado, ó comerciante, ó cualquier cosa...

REMEDIOS.—No, hijita, no. Es un título... que tiene dos títulos.

FLORISTA.—Que sea enhorabuena. Quede usted con Dios, doña Remedios. *(Vase por foro.)*

REMEDIOS.—Adiós. ¡Qué preciosidad de rosas...! ¡Y qué delicadeza...! Unas flores soberanas... y cogerlas con un papel...; ¡qué sencillez al mismo tiempo! No hay como la gente bien nacida para ciertos detalles... Las pondré en mi cuarto.

(Vase Remedios por izquierda, contemplando las flores con delicia y arrobamiento.)

ESCENA V

ENRIQUE, y después REMEDIOS

ENRIQUE *(De americana y sombrero de copa, con un puñadito de llaves en un llavero, como si él mismo se hubiera abierto la puerta).*—¡¡Remedios...!! ¡Remedios...!

REMEDIOS *(Entrando por izquierda).*—¿Señorito...?

ENRIQUE.—¿Está todo bien limpio y bien arreglado...?

REMEDIOS.—Me mortifica usted mucho con esas desconfianzas, señorito Enrique... ¡Como si yo no tuviera disposición para colocar cuatro trastos...!

ENRIQUE.—¿Ha venido alguien?

REMEDIOS.—El señor duque de Mediovel. Que volverá. ¿Le conoce usted mucho, señorito...?

ENRIQUE.—Algo...

REMEDIOS *(Queriendo averiguar).*—No es el casado con aquella señora de...

ENRIQUE.—No. Este es soltero.

REMEDIOS *(Suspirando).*—¡Ay...!

ENRIQUE.—Muy buen muchacho.

REMEDIOS.—Y muy rico, ¿verdad?

ENRIQUE.—Riquísimo.

REMEDIOS.—¡Ay...!

ENRIQUE.—Millonario.

REMEDIOS.—¡¡Ay...!!

ENRIQUE *(Sorprendido).*—¿Qué tienes?

REMEDIOS.—¿Qué tendré yo, señorito Enrique, para suspirar de este modo...?

ENRIQUE.—Ya lo estudiaremos otro día, que ahora no puedo ocuparme de tus enfermedades.

REMEDIOS.—No creo que sea enfermedad.

ENRIQUE.—Mejor. ¿Has traído los bizcochos y los pastelillos...?

REMEDIOS.—Sí, señor.

ENRIQUE.—¿Y las flores...? ¿No han traído unas flores...?

REMEDIOS *(Despreciativa).*—¿Envueltas en un papel... á lo pobre...? Por ahí las he dejado...

ENRIQUE.—Pues, tráelas. Y que no estoy para nadie.

REMEDIOS.—¿Ni para el señor duque...?

ENRIQUE.—Que vaya á mi casa. Dale las señas. *(Se oye el timbre.)*

REMEDIOS.—Al señor duque debía usted recibirlo...

ENRIQUE *(Mirando el reloj, que lleva en el bol-*

sillo del pantalón).—Si es él, que pase. Las cinco menos cuarto...

(Remedios vase muy rápida por foro y vuelve con Rodríguez.)

ESCENA VI

Enrique, Remedios y Rodríguez

Rodríguez.—Hola, don Enrique...

Enrique.—¿También usted...? Perdone usted un instante... *(A Remedios.)* Que pase el duque.

Remedios.—Es el señor...

Enrique.—¿Desde cuándo...?

Rodríguez.—Le diré á usted, querido don Enrique... No lo soy, cierto...

Remedios *(Indignada).*—¿Y la tarjeta...?

Rodríguez.—Como los porteros y los criados son tan bestias y tan groseros...

Remedios.—¡Ay...!

Rodríguez.—Si les digo mi nombre, Juan Rodríguez, no me hacen caso, y pasándoles una tarjeta rimbombante, puedo hablar con quien deseo. No tiene importancia, ya lo ve usted...

Enrique.—No es correcto utilizar lo que no es suyo.

Rodríguez.—En eso se equivoca usted. Las tarjetas son mías, porque á mí me las mandan sus dueños.

Enrique.—Está usted bien relacionado...

Rodríguez.—No es menester. El día primero de año envío por el interior mi tarjeta á casa de todos estos, y me contestan, por el interior también, con otra tarjeta. Las voy coleccionando y utilizándolas así...

ENRIQUE.—Bueno, bueno. ¿Qué desea usted?

REMEDIOS.—¡Ya dije yo que no creía en lo de ser duquesa...! ¿Y pensar que otras lo son...? ¡Qué injusticia...!

(Mutis Remedios por izquierda.)

ESCENA VII

ENRIQUE y RODRÍGUEZ

ENRIQUE.—¿Qué quiere usted? Acabe, que tengo prisa...

RODRÍGUEZ.—Vengo de su casa, y me dijeron que le encontraría á usted aquí. Después de lo bondadoso que es usted siempre conmigo, yo no podía marcharme sin despedirme ni ofrecerle mi inutilidad en el nuevo destino.

ENRIQUE.—¿Va usted repuesto?

RODRÍGUEZ.—No me repongo nunca ya. Voy á Santander con cinco mil reales mezquinos... ¡Con cinco mil reales...! ¡A ver qué lujos se puede uno dar, ni qué mujeres puede uno mantener con esa miseria...!

ENRIQUE.—Sin embargo, ahora tendrá usted cinco mil reales más que los otros años.

RODRÍGUEZ.—Por eso no los renuncio. ¡Mire usted que verse el hijo de mi padre así...! ¡Y saber que uno es primo tercero de un marqués, de los de veras, ¿eh...? y sobrino de un millonario...! Le digo á usted que el mundo es una porquería, hombre, y la familia otra porquería...

ENRIQUE.—Lo esencial es que usted se vaya.

RODRÍGUEZ.—¿Eh...?

ENRIQUE.—Colocado.

RODRÍGUEZ.—¡Hasta eso es una mala perrada...! ¿Por qué he de viajar yo en tercera...?

ENRIQUE.—Hombre, porque no tiene usted dinero.

RODRÍGUEZ.—¿Y por qué no he de tener yo dinero...? ¿Es que me negué alguna vez á recibirlo...?

ENRIQUE.—Nadie lo ha dicho.

RODRÍGUEZ.—Comprenda usted que eso no es justo...

ENRIQUE.—Que lleve usted buen viaje y que herede á ese tío millonario.

RODRÍGUEZ.—¿De ese...? Ni un céntimo. Es un sinvergüenza completo. ¿No se enteró usted de la última que me hizo...? ¡Pues se ha casado! ¡Con más de cincuenta años, malos, y podrido de billetes del Banco, buenos, se ha casado! ¡Y es capaz de tener hijos...! ¡Un millonario que ya tenía sobrinos...!

ENRIQUE.—Lo siento.

RODRÍGUEZ.—¿Manda usted algo...? Me voy mañana en el mixto. ¡Mire usted que ir yo en el mixto...! Y aun puede que no vaya...

ENRIQUE.—Dispénseme. Tengo prisa...

RODRÍGUEZ.—Para no molestar. ¿Quiere usted prestarme cinco duros...? Palabra de honor que se los giro en cuanto llegue á Segovia.

ENRIQUE.—¿Pero no va usted á Santander?

RODRÍGUEZ.—Bueno, desde Santander. ¿Qué más le da á usted que los gire de un punto ó de otro...?

ENRIQUE.—Yo no presto á nadie.

RODRÍGUEZ.—¡Que es la última vez, se lo juro!

ENRIQUE.—Ya van muchas últimas.

RODRÍGUEZ.—Y yo estoy muy agradecido. Para terminar: ¿quiere usted que partamos la diferencia...? ¡Porque algo pensaría usted darme...!

ENRIQUE.—Tome cinco pesetas, y lárguese.

RODRÍGUEZ.—Con usted no puedo discutir. Vengan. ¡Ay, si hubiera muchos caballeros como usted...!

ENRIQUE.—Sería una buena renta para usted...

RODRÍGUEZ.—Pero no los hay... En fin, no molesto. Muchas gracias, y adiós.

ENRIQUE.—Adiós.

RODRÍGUEZ.—Don Enrique, hasta otro día.

ENRIQUE.—Hasta otro duro, Rodríguez.

(Vase Rodríguez por foro.)

ESCENA VIII

ENRIQUE, REMEDIOS, por izquierda

REMEDIOS.—¡Qué dolor de tarjeta, señorito...! *(Deja las flores, despreciativa.)*

ENRIQUE.—Que no estoy para nadie. ¿Te has enterado...?

REMEDIOS.—¿Y los bizcochitos...? ¿Quién se los va á comer...?

ENRIQUE.—Para nadie más.

REMEDIOS.—Usted me aseguró que era un amigo el que vendría...

ENRIQUE.—Pues no lo es.

REMEDIOS *(Suspirando).*—¡Ay...!

ENRIQUE.—¡Me parece que está la habitación demasiado bien ordenada...!

REMEDIOS.—¿Y cómo va á estar, cuando los dueños se encuentran fuera de Madrid...? ¿Quién ha de mover una silla...?

ENRIQUE.—Yo, que vivo en la casa, y estoy al frente de ella hasta que regresen mi hermana y su marido.

REMEDIOS.—El señorito es sollero y no viene aquí más que á dormir... cuando viene á dormir.

ENRIQUE.—He tenido que velar á un enfermo. Ya te lo dije.

REMEDIOS.—Es verdad que me lo dijo usted.

ENRIQUE.—¡Y entonces...!

REMEDIOS.—Pero no es verdad que me lo haya creído.

ENRIQUE.—¡Bueno, bueno! A mí me gustaría más que no tuviese tanto el aspecto solemne de aguardar visita, sino que resultara más, más... *(Cogiendo una silla y cambiándola de sitio.)*

REMEDIOS.—¡Deje eso quieto! ¿Cómo va á resultar más, más?...; mas nada, que esté ya preparado el té...

ENRIQUE.—¿No puedo tomar té...?

REMEDIOS.—¿Y el ramito...?

ENRIQUE.—¿No puede ser una atención tuya...?

REMEDIOS.—¿Y se lo va á creer esa señora?

ENRIQUE.—Eso puede ser una atención de ella.

REMEDIOS.—Alguna más tendrá con usted...

ENRIQUE.—¡Remedios! *(Va al balcón, levanta los visillos, mira y vuelve.)*

REMEDIOS.—¡Es una vergüenza y un escándalo, señorito, que usted me obligue á ciertas cosas, y que el domicilio de unos señores decentes, como sus señores hermanos de usted y señoritos míos, sirva para esta clase de visitas...!

ENRIQUE.—¡Remedios! ¡Remedios! Te equivocas; tú no conoces á esa señora.

REMEDIOS.—¿Y usted sí...?

ENRIQUE.—Yo, sí.

REMEDIOS.—Eso es peor para ella.

ENRIQUE.—Te equivocas, Remedios. Ni yo utilizo la casa de mis hermanos para nada incorrecto, ni esa señora es más que una señora.

REMEDIOS.—Bastante es para donde no hay más que un señor...

ENRIQUE.—¡Completamente equivocada, Remedios! Y para demostrarte que no se debe juzgar por las apariencias, y para que veas, además, la confianza que tengo en ti... *(Sacando el reloj.)* ¡Caramba, lo que tarda! ¿Si no vendrá...?

REMEDIOS *(Que ya se relamía con la historia).*—¿Cuál es la confianza mía...?

ENRIQUE.—¿Dónde íbamos...?

REMEDIOS.—Pues íbamos en que no me había usted dicho nada todavía...

ENRIQUE.—Escucha. Yo no he querido más que á una mujer.

REMEDIOS *(Suspirando).*—¡Ay...!

ENRIQUE.—No tuve más que una pasión verdadera.

REMEDIOS.—¡Como yo! Una sola pasión...

ENRIQUE.—¿Te acuerdas de aquella Isabel Socías...?

REMEDIOS.—¿Se acuerda usted de aquel Felipe...?

ENRIQUE.—¡Pues aquella...!

REMEDIOS.—¡Pues aquel...!

ENRIQUE.—Estuvimos para casarnos...

REMEDIOS.—Y nosotros; pero Felipe...

ENRIQUE.—¿Cuentas tu historia, ó escuchas la mía...?

REMEDIOS.—La del señorito, la del señorito; pero seguramente no será tan triste como la de esta servidora...

ENRIQUE.—¿Te acuerdas de Isabel...?

REMEDIOS.—¡Pues menudo susto nos dió el señorito al romperse la boda, que pensaba tanto en matarse...!

ENRIQUE.—Lo pensé demasiado... y por eso vivo. Pero á través de mi existencia, un poco

azarosa, de olvidos momentáneos, he conservado su imagen...

REMEDIOS.—Eso es del tiempo de la nanita.

ENRIQUE.—Quince años.

REMEDIOS.—Lo menos.

ENRIQUE.—Justos. Eramos novios; yo la quería locamente.

REMEDIOS.—¡Locamente, sí... como todo lo que hace el señorito. Por eso, cuando me dijeron que venía usted á vivir aquí, estando yo sola en casa, tuve un miedo tan grande... pero, gracias á Dios, no hay motivo!

ENRIQUE.—Llevo unos días muy preocupado... Pues, verás: Isabel y yo nos queríamos; pero no sé qué mala voluntad se atravesó en nuestro camino, qué chismes ó qué embustes llegaron á su noticia...

REMEDIOS.—Que entonces ya velaba usted á los enfermos.

ENRIQUE *(Con verdadera unción caritativa)*.—Son tan antiguas las enfermedades... Isabel tuvo siempre el genio muy vivo, se incomodó, no quiso oir mis disculpas, y en veinte días, mal aconsejada por su padre, que no me consideraba buen partido, se casó con otro.

REMEDIOS *(Con malicia)*.—¿Y después...?

ENRIQUE.—Después enviudó.

REMEDIOS.—Y después se la ha encontrado el señorito...

ENRIQUE.—Te equivocas, Remedios, te equivocas. No la he vuelto á ver jamás.

REMEDIOS.—Así le dura tanto el amor.

ENRIQUE.—Tal vez sea así como dura... pero lo cierto es que no he encontrado ya ojos más serenos, mirada más dulce, cutis más terso, talle más airoso...

REMEDIOS.—Si aguarda usted todo eso, hace usted mal en aguardarla. Como no la hayan conservado en un frasco...

ENRIQUE.—No sé por qué... Tendrá ahora treinta y ocho años y no es edad para haberse desfigurado. Ya ves cómo estoy yo...

REMEDIOS.—Ya veo cómo está usted, señorito. Usted es el que no lo ve...

ENRIQUE.—¿Te parezco una ruina...?

REMEDIOS.—¡Ay, no, señor...! Para quererle á usted hoy, está usted muy bien, don Enrique; pero muy bien...

ENRIQUE.—Gracias...

REMEDIOS.—Para haberle empezado á querer hace quince años, quizá le sobren á ustedes esos quince...

ENRIQUE.—¿Y el recuerdo? ¿Y la ilusión...?

REMEDIOS *(Suspirando)*.—¡Ay...! ¡Qué tendré yo, señorito, para suspirar de esta manera...! Porque esto no es natural...

ENRIQUE.—Ya lo averiguaremos. Ten paciencia. ¿No observaste el otro día que abrí una carta dirigida á mi hermana Asunción...? Pues era de Isabel. Conocí la letra...

REMEDIOS.—¿Aún?

ENRIQUE.—Alguna vez nos escribimos.

REMEDIOS.—¡Ah...!

ENRIQUE.—Te equivocas, Remedios. Nos escribimos en las fechas solemnes, como amigos únicamente. Mi hermana me había dicho que Isabel levantaba su casa de Guadalajara, yéndose á vivir al lado de unos parientes, en Extremadura: me dió el corazón que aquella carta podría traer la noticia, la abrí, y, en efecto, le decía á Asunción que hoy llegaba, que vendría á verla un momento... ¿comprendes?

REMEDIOS.—No es muy difícil: usted lo sabe y aguarda; ella viene y...

ENRIQUE.—¡Tengo ansia de verla, de hablarla! Y una vez aquí los dos...

REMEDIOS.—Los tres, señorito. Si es tan decente, no consentirá que yo me vaya.

ENRIQUE.—Pero tú eres tan discreta, que no apareces, y así no hay lugar para impedir que te marches.

REMEDIOS.—Yo sé recibir muy bien á la gente.

ENRIQUE.—No lo dudo; pero ahora no se trata de que te luzcas tú.

REMEDIOS.—Y no voy á cometer ninguna inconveniencia, que estoy muy acostumbrada á sociedad. No es por despreciar esta casa, pero yo he estado dos años en una fonda. Calcule si recibiría...

ENRIQUE.—Sí, propinas. *(Mirando el reloj.)* ¿Las cinco y diez nada más...? Este reloj atrasa.

REMEDIOS.—Mi Felipe también tuvo uno que atrasaba.

ENRIQUE.—Ya lo habrá compuesto.

REMEDIOS.—Supongo. ¿Un coche...? *(Corren los dos al balcón.)*

ENRIQUE.—No es...

REMEDIOS.—Parecía que paraba aquí mismo.

ENRIQUE.—Sí; pero hazme el obsequio de calmar un poco tu curiosidad, porque no vamos á correr los dos cada vez que se oiga ruido. Vete á la cocina.

REMEDIOS *(Ofendida).*—¡Señorito Enrique...!

ENRIQUE.—Perdona. Vete adonde quieras, pero vete. Cuando llamen, abre; no respondas nada y no mires con insistencia.

REMEDIOS.—Soy una mujer discreta.

ENRIQUE.—Pues ya te ha llegado el día de probarlo.

REMEDIOS *(Acongojada).*—Parece que usted desconfía.

ENRIQUE *(Abrazándola).*—No, mujer, no.

REMEDIOS.—Parece que usted me abraza...

ENRIQUE.—Tampoco. Anda, vete.

(Remedios marcha hacia izquierda; en la puerta se detiene, y sin mirar á Enrique, suspira y mutis.)

ESCENA IX

Enrique, impaciente, va á la ventana, vuelve á sentarse, se levanta, abre el balcón y lo cierra apresurado. Va á izquierda y llama: «¡Remedios! ¡Remedios!» Vuelve á correr los visillos y sale por foro; entra de nuevo para recoger el ramo, se detiene indeciso y al fin se sienta, cogiendo un libro.

Remedios atraviesa de izquierda á foro, vuelve con Isabel y mutis por izquierda, suspirando.

ESCENA X

ISABEL y ENRIQUE

ENRIQUE.—Señora... *(Como si la conociese entonces.)* ¡Isabel!

ISABEL *(Que avanzaba, queda inmóvil).*—¡Enrique! *(Tendiéndole la mano, después de una ligera vacilación.)* ¿Cómo estás, Enrique...?

ENRIQUE *(Que en una mano lleva el libro y en otra las flores).*—¿Y tú...?

ISABEL.—¿He interrumpido tus trabajos...?

ENRIQUE.—No... Estaba leyendo una novela...

ISABEL.—¿Lees siempre con un ramo...?

ENRIQUE.—Una casualidad; generalmente leo con el libro nada más.

ISABEL.—Qué hermosas son...

ENRIQUE.—Si te gustan...

ISABEL.—Tendrán ya mejor destino.

ENRIQUE.—Ni ellas ni yo pudimos soñarlo.

ISABEL *(Aceptándolas).*—Rosas rosadas, grandes, abiertas, espléndidas... Rosas rosadas, ¡qué poco viviréis ya...!

ENRIQUE *(Tocándola en el hombro, pero tocándola apenas).*—Isabel...

ISABEL *(Estremeciéndose y apartándole suavemente).*—Deja, deja... *(Enrique se aparta algo, mirándola sonriente, y mientras ella respira afanosa; al fin, reponiéndose, sonríe también.)* ¿Y Asunción...?

ENRIQUE.—Bien.

ISABEL.—Me sorprendió no verla al llegar. Aunque le escribí diciéndola que vendría, que no se molestara... en la estación creí encontrarla.

ENRIQUE.—No lo extrañes. Hace dos meses que está en Valencia.

ISABEL.—¿No está aquí?

ENRIQUE.—No.

ISABEL *(Acongojada, reprochándole).*—¿Y tú...?

ENRIQUE.—Yo, sí. Destinaron allá á Javier, y con su marido se fué. Mientras gestionan el traslado, me pidieron que cuidase un poco de los muebles, y, como los míos se cuidan solos, aquí me instalé hasta que regresen.

ISABEL *(Dándole la mano).*—Adiós...

ENRIQUE *(Inmóvil).*—¿Tanto rencor me guardas que no puedes continuar un minuto siquiera en donde yo esté...?

ISABEL *(Suplicando).*—Comprende, Enrique, que no es correcto...

ENRIQUE *(Interrumpiéndola).*—Comprende tú, Isabel, que quince años de ausencia han pagado

ya de sobra este momento... y si quieres negarlo, si no merezco ni este favor, marcha, marcha, marcha pronto... que yo no te fuerzo á quedarte, y tú sabes bien por dónde se va á los caminos que alejan las voluntades.

ISABEL *(Dolorida por la evocación de aquel recuerdo).*—¡Enrique...! ¿Un minuto...?

ENRIQUE *(Gozoso).*—Un minuto, sí... nada más. *(Isabel huele las rosas con ansia, como si buscara en su perfume la esencia fuerte que ha de aliviar su propio desmayo.)*

ESCENA XI

Dichos: REMEDIOS, por izquierda

REMEDIOS *(Que entra de puntillas, hace señas á Enrique hasta que éste, viéndola al fin, se acerca: en voz baja).*—¿Sirvo el té...?

ENRIQUE *(Empujándola).*—No. Ya te avisaré.

REMEDIOS *(Mirando á Isabel, poco satisfecha).*—No es ninguna niña. Lo menos tiene cuarenta...

ENRIQUE *(Molestado).*—Luego me darás tu opinión...

(Vase Remedios por izquierda. Enrique cierra la puerta con llave y al ruido se vuelve Isabel, inquieta. Los dos quedan inmóviles, sonriéndose.)

ESCENA XII

ISABEL y ENRIQUE

ISABEL. —No esperaba encontrarte, Enrique. Llegué esta mañana, y esta noche salgo para Badajoz.

ENRIQUE.—Ya lo sé.

ISABEL.—¿Lo sabes?

ENRIQUE.—Se lo decías á mi hermana.

ISABEL.—¿Has leído mi carta...?

ENRIQUE.—No...

ISABEL *(Recelosa)*.—¿Me aguardabas, Enrique?

ENRIQUE.—Pues bien, sí; te aguardaba.

ISABEL.—Esto no es leal.

ENRIQUE.—Quizá, pero iguales somos. Tú, ocultándome que pasabas por Madrid; yo, aparentando que no lo sabía... iguales somos. Lo tuyo es un desdén injusto; lo mío es una demostración de afecto, de memoria firme y constante á una mujer que he querido siempre.

ISABEL *(Queriendo atajar las palabras)*.—¡Enrique, Enrique!

ENRIQUE.—¿Qué te importa oirlo...? Con un gesto respondes y terminas, como has terminado, poniendo dos renglones, cuando tuviste precisión de contestarme. ¿Hubo en mis cartas algo que fuera difícil de leer, algo que no sonara á respeto y á estimación...?

ISABEL.—Sí.

ENRIQUE.—No.

ISABEL.—Sí. Recuérdalo. En todas ponías algo doloroso para mí.

ENRIQUE.—¿En todas...? ¿Qué puse...?

ISABEL.—Tu nombre.

ENRIQUE *(Con el ademán de quien disculpa lo inevitable)*.—Isabel...

ISABEL.—Cuando aquellas locuras tuyas nos separaron irremediablemente, me refugié en el matrimonio... y quedé viuda; me refugié luego en el cariño de mi hija... y murió. Esto que te digo tan pronto, son quince años, es mi vida de mujer. Dime, Enrique: en toda esa vida mía,

¿has escrito una sola carta, una sola, felicitándome en los días venturosos...?

ENRIQUE *(Desdeñoso)*.—¿Para qué...?

ISABEL.—Y al llegar sobre mí desgracias y enfermedades y muertes... ¿has dejado tú una sola ocasión sin escribirme una carta muy extensa, muy afectuosa...? Y tan segura estaba de recibirla, que no ha venido pena á mí que no me trajese, además, la pena de guardar tu carta.

ENRIQUE.—Si te ofendieron, perdónalas.

ISABEL.—Tengo que perdonarlas, sí. Era decirme bien á las claras: Isabel, no has querido compartir tu vida conmigo, y á despecho tuyo, la sigo y la recuerdo.

ENRIQUE.—¿Y en qué mentía...?

ISABEL *(Entristecida)*.—No lo sé...

ENRIQUE.—Hoy has venido y hoy te esperaba. Pero, además, te esperaba siempre...

ISABEL *(Incrédula, pero gozosa)*.—¿Siempre...?

ENRIQUE.—Siempre. Algún día se convencerá, y ese día, con su presencia nada más, quedarán borrados los anteriores.

ISABEL.—No, Enrique, no. Estoy muy envejecida... *(Adelantándose á la protesta)* ya sé los que tengo; pero los disgustos son años también y he renunciado voluntariamente á jugar con la pasión. No, no...

ENRIQUE *(Sin creerla)*.—¿No?

ISABEL.—A distancia has podido conservar el encanto; pero viéndome de cerca, no. Las ilusiones viven de ilusión, pero á lo real le cuesta un trabajo infinito vivir sólo de la realidad.

ENRIQUE.—Qué recelosa vienes...

ISABEL.—En el mundo hay algo muy hermoso que sobrepasa á todas las hermosuras: el amor. Después queda algo muy triste, que es el amor

otra vez. El amor de los que no tienen más que amor y les falta juventud, belleza... ¡es muy desesperado! Si yo tuviera treinta años, te diría: querámonos como tú quieras... y si nos persuadimos de nuestro engaño, si no eres tú ó no soy yo como pensábamos ser, ¿qué importa...? Nos sobra tiempo para emprender otro rumbo. ¡Pero hoy no me queda más que para un solo querer...!

ENRIQUE.—Divino tiempo...

ISABEL.—Y háblame leal, te lo suplico. Tu vanidad de hombre debe estar satisfecha viéndome aquí sin luchar ni defenderme, y á merced tuya... Pero te lo suplico, te lo ruego como bondad y misericordia tuya, antes de pronunciar la palabra definitiva; ¡piénsalo mucho...! Y si la voluntad, el corazón ó los años solamente han enfriado tu cariño déjame marchar...

ENRIQUE.—Te juro, Isabel...

ISABEL.—¡No jures! Dilo nada más, dilo.

ENRIQUE.—Te quiero. *(Muy despacio.)* Te quise, te quiero y te querré.

ISABEL *(Como deslumbrada de gozo y esperanza).*—¡Dilo, dilo, dilo...! ¡Intenciones y propósitos míos, qué poco valéis en cuanto llega una voz querida...! *(Aspira el aroma de las flores.)*

ENRIQUE *(Sin avanzar, sin moverse, como dejando que aquella divina persuasión de su cariño dé sus frutos en el alma de Isabel).*—Son muy hermosas, ¿verdad?

ISABEL.—Son. Pobres de ellas cuando las digan: fueron... *(Queriendo ella misma romper el secreto lazo que los va ligando y esforzándose en aparentar serenidad.)* Si han de vivir, que vivan felices. Dame un jarrón, un vaso, para colocarlas.

ENRIQUE.—¿Me permites que llame? *(Al gesto*

afirmativo de ella, va á foro y toca un timbre de pared.) Es á Remedios.

ISABEL.—¿La que estuvo en casa de tus padres?

ENRIQUE.—Sí. Ahora con Asunción é interinamente conmigo.

ISABEL.—¿De ama de llaves?

ENRIQUE.—De tirana.

ESCENA XIII

Dichos: REMEDIOS, por izquierda

REMEDIOS *(Llamando con los nudillos á la puerta).*—¿Se puede...?

ENRIQUE.—Adelante.

ISABEL.—¿No se casó...?

ENRIQUE.—Dice que no quiso; pero suspira como si quisiera. ¡Adelante!

ISABEL.—¡Ha de ser vieja...!

ENRIQUE.—Un poco más que nosotros: unos...

ISABEL.—No lo digas.

ENRIQUE.—Es decir, bastante más que nosotros...

ISABEL.—No lo arregles; resultará peor.

ENRIQUE *(Incomodado por la repetición de llamadas de Remedios á la puerta).*—¡¡Adelante!! ¡¡adelante!!

ISABEL.—¿Tiene la obligación de ser prudente...?

ENRIQUE.—No hubo motivos jamás. *(Furioso.)* ¡¡¡Adelante!!! ¡Pase usted, Remedios!

REMEDIOS.—Está cerrado...

ENRIQUE.—¡Ah...!, es que eché la llave.

ISABEL.—¿Costumbre también...?

ENRIQUE.—¡No, no...! *(Se levanta y va á abrir.)*

REMEDIOS *(Entrando, con la vista baja y exagerada discreción).*—¿Manda algo...?

ENRIQUE.—Deme un cacharro para colocar estas flores.

ISABEL.—¿No se acuerda usted de mí, Remedios...?

REMEDIOS *(Sin mirarla).*—Sí, señora...

ISABEL.—¡No sabe usted lo que me alegro de encontrarla aquí...! Es como si volviera á verme entre los míos, los que fueron míos en la juventud.

REMEDIOS.—A la señora le ha gustado venir; claro, si no no vendría...

ENRIQUE *(Cortando las expansiones de Remedios).*—Bueno, bueno, arréglelas...

ISABEL.—Es una temeridad seguir aquí...

ENRIQUE.—Ninguna. Confía en mí. La gloria de recibirte no se empaña con otra idea menos noble. Los evangelistas cuentan que las vestiduras del Señor, en el instante augusto de la Transfiguración, se tornaron blancas como la luz. Para aguardarte, de blanco se han vestido también mis pensamientos.

ISABEL.—¿Es un madrigal...?

ENRIQUE.—¿Por qué no, yendo á ti...?

ISABEL *(A quien la presencia de una tercera persona ha vuelto el aplomo).*—Tus amigos no creerán la aventura... pero no hablemos de eso, que ha de ser mal capítulo para leído por quien desee tener confianza en ti.

ENRIQUE.—¿Lo que es yo...? Y hablando en general, es absurdo vuestro modo de discurrir. Queréis un vestido y vais á la modista de más clientela ó al modisto de peor fama...

ISABEL.—¡Enrique!

ENRIQUE.—¡De peor fama! ¡Está dicho! Los

hombres que hacen labores de mujeres, cuanto mejor las hacen menos me convencen.

ISABEL.—Un voto para las modistas.

ENRIQUE.—Tenéis una enfermedad y llamáis al médico que más visite; ¿un pleito...?, al abogado que más trabaje; ¿un confesor...?, al que más absuelva...

ISABEL.—¡Enrique!

ENRIQUE.—Todas, cada una en su esfera, elegís al que antes demostró ya su pericia y su valer. Pero queréis novio, galán ó marido, y en lugar de pedir gozosas los mismos antecedentes y de escoger al novio más acreditado—ó más desacreditado—que de las dos maneras se dice...

ISABEL.—Quizá preguntándole á Remedios, tendría malos informes de ti.

ENRIQUE.—Remedios, ¿qué tal persona soy...?

REMEDIOS.—Muy formal.

ENRIQUE.—¿Lo ves...?

ISABEL.—Lo oigo...

ENRIQUE *(Levantándose furioso y yendo hacia Remedios).*—Pero ¿qué haces, mujer...?

REMEDIOS *(Que aprovechó la ocasión para mirar detenidamente á Isabel, está echando el agua en el suelo, creyendo echarla en el jarrito de las flores.) (Suspirando).*—¡Ay...!

ISABEL.—No riñas hoy...

ENRIQUE.—No riño. Haz lo que quieras, Remedios.

REMEDIOS.—Lo mismo digo...

ENRIQUE.—Gracias. *(A Isabel.)* ¿Puedo ofrecerte una taza de té...? *(A Remedios.)* Sírvelo ya.

REMEDIOS.—Ahora mismo. *(Aparte á Enrique.)* Cuarenta, los tiene...

ENRIQUE *(Empujándola para que se vaya).*—Anda, anda... *(Mutis Remedios, por izquierda.)*

ESCENA XIV

Isabel y Enrique

Isabel.—Dime la verdad. ¿Has querido á alguien?

Enrique.—A ti. De amor, á nadie sino á ti.

Isabel *(Afectuosa)*.—Mientes... ya lo sé que mientes; pero cuando hay mucha ansia de creer, la mentira, sólo con parecerse un poco á la verdad, es más grata ya que todas las verdades juntas.

Enrique.—¿Y si te diera una prueba...?

Isabel.—No; sería demasiado dichosa.

Enrique.—¿Estás en mi casa...? ¿Estamos solos...?

Isabel.—Con doña Remedios...

Enrique.—De doña Remedios tengo yo la llave. ¡Solos...! Por mucho que niegues, no negarás que me gustas... Y aun no gustándome—ya ves si pongo—, estamos unidos por tantos recuerdos los dos y por tantos desdenes yo solo, que mi orgullo de vencerte valdría en este momento por una pasión. ¿No es así? Pues ya tienes mi orgullo y mi satisfacción detenidos ante ti por amor ó por timidez. Comprenderás que necesita ser por amor...

Isabel.—Huía de esta primera entrevista por que puse en ella más temores que esperanzas; pero Dios quiere que sólo las esperanzas se realicen...

Enrique.—Y en medio de los afanes de este idilio que empezó con tu presencia y volverá á empezar, definitivo y eterno, el día que tu bondad lo consagre, hubo un fondo de curiosidad infantil...

ISABEL.—¿Curioso de qué...?

ENRIQUE.—De verte, de mirarte... Estaba afanoso de buscar, en la mujer que venía á mí, el gesto y la voz y la figura y las líneas adoradas de la mujer que huyó de mí.

ISABEL *(Tapándose la cara con las manos).*—Pobre del que busca lo pasado...

ENRIQUE *(Apartando amoroso las manos de ella).*—Déjame mirarte...

ISABEL *(Triste, dejándose).*—Mira, pero no mires mucho con los ojos: mírame un poco también con el cariño que vuelve... *(Pausa.)* Muy cambiada, ¿verdad...?

ENRIQUE.—No. Eres la misma, la Isabel mía...

ISABEL.—Tuya, de ti depende. La misma, no: eso ya no depende de nosotros.

ENRIQUE.—Probemos á desquitarnos, á querernos mucho. ¿Quieres, Isabel?

ISABEL.—Quiero, Enrique, quiero...

ESCENA XV

Dichos: REMEDIOS, por izquierda

REMEDIOS *(Dejando la Bulloir sobre la mesa).*—Cuidado, que esto está abrasando.

ISABEL.—Lo serviré yo; ¿quieres?

ENRIQUE.—Quiero. Con una sola palabra llevamos toda la conversación.

ISABEL.—¿Sabes de otra mejor...?

ENRIQUE.—No existe.

ISABEL.—¡Ay...! *(Dando un pequeño grito de espanto porque Remedios encendió la luz del foro al lado de la puerta: Isabel y Enrique quedan mirándose fijamente, sonriendo, y acaban muy graves.)* Muy cambiada, ¿verdad...?

ENRIQUE.—¡No, no; igual! *(Yendo á Remedios.)* La señorita lo servirá.

REMEDIOS.—Como usted disponga. *(Aparte á Enrique.)* Parece que tiene cincuenta...

ENRIQUE *(Molestado)*.—¿Cuándo aprenderás á callar?

REMEDIOS.—¿Y usted á escoger...?

ENRIQUE.—¡Vete, vete!

(Mutis Remedios, por izquierda.)

ESCENA XVI

ENRIQUE é ISABEL

ISABEL.—¿Te hablaba de mí...?

ENRIQUE.—No. Es preciso que seamos dichosos, Isabel.

ISABEL.—¡De qué modo lo dices...! Cualquiera pensaría que era un reto á la suerte.

ENRIQUE.—Y lo es. He aguardado quince años la ilusión de encontrarte: ahora que viene, tengo derecho á exigirle que me indemnice. *(Pausa.)*

ISABEL.—Lo que me obligaba á no responderte en el mismo tono afectuoso de tus cartas, á no avisarte mi paso por Madrid, era esto, Enrique. La preocupación—bien justificada, ya lo veo...—de que tú pretendieras borrar todo lo pasado, de que me esperases como fuí y no como soy...

ENRIQUE.—Como eres te busco.

ISABEL.—Piénsalo, piénsalo bien... piénsalo, Enrique. De no ligarte para siempre, en lo pasado tendrías disculpa.

ENRIQUE.—No hables de eso.

ISABEL.—Y desengañarme, dejarme marchar sencillamente, aún es nobleza en ti y generosidad.

ENRIQUE.—No hables de eso, te digo.

ISABEL.—Sin enfadarte; piénsalo, Enrique. No debes acordarte de mi amor para que sea un amorío... eso no... Y ligándote seré más desgraciada después si me persuado de que estás arrepentido y pesaroso. Piénsalo: te lo suplico otra vez...

ENRIQUE.—No hace falta. Es mi voluntad, es mi deseo y es mi amor.

ISABEL *(Dejándose llevar de la alegría).*—¡Dios te lo pague...! Soy tan dichosa, tanto, que no me explico yo misma esta sensación de placidez, de calma, de confianza ilimitada que se despertó en mí... Me creo tan segura, tan firme, tan amparada... es eso, ¡tan amparada...!

ENRIQUE.—Eso es.

ISABEL *(Risueña y gozosa).*—¿Por qué habré desconfiado yo, Dios mío...?

ENRIQUE *(A media voz).*—¡Dios mío, qué cambiada está...!

ISABEL.—Y no más palabras graves. Como quien abre la ventana para que entre el sol y la luz y el aire, y de pronto se ilumina y se alegra una habitación que antes era sombría, en mí han entrado de golpe y á borbotones las alegrías de quererte. En quererte ya estamos... *(Yendo á la mesa y sirviéndole té.)* ¿Mucho azúcar...? ¿Dos...? Desde hoy tú mandas en mí. Viviremos en donde te parezca; viajaremos si te agrada, y si por el mundo hay un lugar apacible y que nos encante... ¿para qué pensar en volver...? Siempre hace uno mal en marcharse de donde se encuentra á gusto.

ENRIQUE.—Siempre.

ISABEL.—Y siempre hace uno bien en confiar que volverá adonde fué dichoso.

ENRIQUE.—Siempre.

ISABEL.—Aunque no vuelva.

ENRIQUE.—Aunque no vuelva.

ISABEL *(Dándole la taza.)*—¡Qué feliz soy, Enrique..., qué feliz soy!

ENRIQUE *(Bebe un sorbo y va á dejar la taza en la mesa, y vuelve á sentarse.)*

ISABEL *(Que ha permanecido inmóvil mirándole, cuando vuelve).* — ¡Qué feliz soy, Enrique...! ¡¡¡Qué feliz!!!

ENRIQUE *(A media voz).* — ¡No es la misma, no...!

ISABEL.—Y dichosa por ti, amparada por ti... ¡Qué felicidad, Dios! *(Y va á la mesa á servirse el té para ella.)*

ENRIQUE.—¡No es la misma, no; no es la misma...!

ISABEL *(Risueña).*—¡Cuántas veces se oye decir que en esta vida no hay más que una vida...! Y es mentira. Las contrariedades, las dolencias, los infortunios..., ¿qué son más que vidas desesperadas...? Y las alegrías, los placeres, los amores correspondidos, ¿qué son más que vidas venturosas...? Y si vienen atropelladas, si cambiamos continuamente de afectos y de amistades, ¿qué hacemos en cada cambio sino vivir una vida diferente de las anteriores...? *(Mirándole amorosa.)* ¿No digo yo verdad diciendo que hoy empiezo á vivir...? *(Al ver á Enrique, absorto, que no le escucha, á media voz.)* ¡Enrique...! ¡Enrique...! *(Espantada al ver que no contesta, yendo á él.)* ¡Enrique! ¡Enrique...! ¿En qué piensas?

ENRIQUE *(Sonriendo forzosamente).*—En nada...

ISABEL.—¿Qué piensas...? ¿Qué tienes...? ¿Dije algo que te contraríe...?

ENRIQUE.—No, no...

ISABEL.—¿Por qué te has entristecido...?

ENRIQUE.—Cavilación tuya.

ISABEL.—¡No, no! ¿Qué tienes...? ¡Dímelo, por Dios...!

ENRIQUE.—Nada; créeme...

ISABEL.—Me engañas. Tú no eres el mismo de hace diez minutos...

ENRIQUE.—¿Y quién será el mismo cuando el tiempo pasa...? En la juventud es el amigo y el aliado más seguro que tenemos; de él lo aguardamos todo. Cuando la juventud pasa, el tiempo es nuestro enemigo: él lo destruye todo.

ISABEL *(Acongojada).*—¿El enemigo...? ¿Qué dices...?

ENRIQUE.—Nada...

ISABEL.—¿Qué tienes...? *(Dando un grito de espanto.)* ¡¡Ay!! ¡Ya sé lo que tienes, ya lo sé, ya lo sé...!

(Enrique, desesperado, hunde la cabeza en el respaldo del sofá. Isabel, mientras tanto, sin volver la espalda, despacio, mirándole, va hacia el foro y apaga la luz. La escena queda á óbscuras.)

ENRIQUE.—¡Isabel...! ¿En dónde estás...?

ISABEL.—En donde debí estar siempre: en tu recuerdo nada más.

ENRIQUE *(Levantándose).*—¡Isabel!

ISABEL.—¡No te muevas, no avances, no rompas el encanto de este minuto...!

ENRIQUE.—¡Ven, Isabel!

ISABEL.—No. La Isabel que tu amas murió hace quince años. Lo he leído en tus ojos.

ENRIQUE.—¡Ven, Isabel mía!

ISABEL.—¡Quieto...!

ENRIQUE.—¡Te quiero, te adoro...!

ISABEL.—¡Júralo!

ENRIQUE.—¡Por mi alma!
ISABEL.—¿Me quieres?
ENRIQUE.—¡Sí!
ISABEL.—¿Me adoras?
ENRIQUE.—¡Sí!
ISABEL.—¿Ha vuelto á ti la ilusión?
ENRIQUE.—¡Sí, te lo juro!
ISABEL.—Pues este es el momento de morir para ti. ¡¡Adiós!!
(Isabel huye por el foro.)
ENRIQUE *(Avanzando).*—¡Isabel! ¡Isabel! ¡¡Isabel...!!

ESCENA XVII

ENRIQUE y REMEDIOS, por izquierda

REMEDIOS *(Encendiendo la luz de su lado).*—¿Qué es?
ENRIQUE.—¡¡Isabel!! *(Deteniéndose al oir el golpazo de la puerta que se cierra, suponiéndose que es la de la escalera por donde huyó Isabel.)* ¡Ah...!
REMEDIOS.—¿Se ha marchado...? Mejor.
ENRIQUE.—¡Calla!
REMEDIOS.—Está muy envejecida, señorito...
ENRIQUE *(Frenético).*—¡¡Calla y vete!!
REMEDIOS *(Baja los ojos y vase hacia izquierda.)*—¿Esperar lo pasado, habiendo algo presente...? ¡Qué locos son los hombres...! *(Sigue hasta la puerta, se vuelve; mira á Enrique, que está de espaldas, apoyado en el quicio de la puerta del foro, acongojado, y dando la vuelta ya para marchar, suspira.)* ¡Ay...!

La Coruña, 15 Julio 908.

ENRIQUE Y EL ALMA DE ENRIQUE

I

ENRIQUE se despertó de mal humor. Aunque cerró los ojos, dispuesto á recomenzar el sueño, no llegó á dormirse: el criado había descorrido las cortinas y la tibia claridad de una mañana de invierno parecióle de luz deslumbradora, tan sólo porque disipara la obscuridad...

—¿Qué hora es, Ramón?

—Las ocho.

—¿Las ocho...?

—Sí, señor.

—¿Pero las ocho de qué...?

—De la mañana: ¿de qué han de ser...?

—¿Entonces he dormido muy poco...?

—El señor sabrá...

Y el criado encogióse de hombros.

—No son las ocho: lo menos son las once...

—No, señor.

—¡Te digo que sí, Ramón!

—Usted dirá lo que le parezca, pero ni son las once ni yo soy Ramón.

—¿Cómo que no...? ¿No eres tú Ramón, mi criado...?

—No, señor.

—¿Pues quién es usted...?

—Juan.

—¿Juan...? ¿Qué...?

—Juan Sanchiz, para servirle.

—¿Y está usted en la casa?

—Sí, señor.

—¿Por qué no ha entrado Ramón?

—¿Qué Ramón?

—¡Mi criado! ¿Estoy yo loco? ¿O soñando...?

—No sé cómo estará el señor; pero lo fijo es que yo soy Juan y que en la casa no hay ningún Ramón.

—¿Que no...?

—No, señor.

Enrique, de un brinco, sentóse en la cama. Tenía la conciencia de estar despierto, de no soñar, pero le parecía tan absurdo no acordarse del nombre de su criado y confundirle con aquel otro que, físicamente, no se le asemejaba en nada, que empezó á temer por su memoria y por su razón.

—Ya recuerdo de usted, Juan, ya recuerdo. Y estoy muy contento de los servicios de usted...

—Muchas gracias.

—En todo el tiempo que lleva usted á mi lado, que ya hace...

—Dos años.

—¿Dos años...? Sí, sí... justo. No tengo un motivo de queja... no... bueno... hágame usted el favor de decirle á la señorita que venga.

—¿A la señorita?

—Sí.

—¿A qué señorita...?

—A mi hermana, á Dionisia... ¿No la conoce usted...?

—El señor está de broma. El señor vive solo en esta casa, con una cocinera, la Antonia, y con un servidor... pero el señor es soltero y no tiene familia, que nosotros sepamos...

—¿No tengo familia...? ¿Y Dionisia, mi hermana...? ¿Y Juan Manuel, mi cuñado...?

—¿Esos que tienen los retratos en la sala...?

—¡Sí, esos!

—¡Vamos, el señorito quiere burlarse de mí...!

—¡Que no, te lo juro!

—¡Cómo he de creer que fueron hermanos de usted, don Enrique...!

—¡Fueron, no; son!

—¡Pero si esos retratos tienen más de un siglo, y esos pobres señores llevan bajo tierra sesenta ó setenta años...!

—Qué, ¿han muerto...?

—¡Vamos, señorito...! Pregúntele, si quiere á la Antonia...

Enrique ya no trataba de fingir su espanto ni de ocultarlo. Demudado el rostro, pálida la color, tembloroso el cuerpo y la sangre como detenida y agolpada en el corazón, lanzóse súbito á golpear, y no á tocar, el timbre, que á la presión violenta y desigual de los dedos púsose á sonar descompasado y frenético, como si á rebato llamase...

Una mujer cincuentona, gorda y coloradota, apareció en la puerta, inquieta y presurosa.

—¿Qué pasa...? ¿Está malo...?

Enrique se la quedó mirando.

—¿Quién eres...?

—¿Quién soy...? ¿Y aun tengo ahora que decírselo, después de lo que llevo en la casa...?

—¿Quién eres...?

—La Antonia; la cocinera.

—¿Y éste, quién es...?

—Juan, el criado. Dos años lleva, y yo cerca de tres...

—¿Y yo, quién soy...?

—El señorito Enrique, don Enrique del Alamo... ¡Qué preguntas más bobas hace...!

Pero Enrique no preguntó más. Los ojos vidriosos, el respirar fatigoso y el ánima traspuesta, dieron con él, inmóvil y desmayado, sobre la deshecha cama, en donde creyó descansar demasiado tiempo y volvía á caer demasiado pronto.

Que así hilvana la vida las cosas de nuestra vida y muchas veces nos sirve de sostén aquello mismo que estamos deseando dejar...

II

Como Dios les dió á entender, Antonia y Juan cuidaron de su desmayado señor hasta que la propia naturaleza reaccionó en él, volviéndole á la vida desde aquella muerte transitoria y fugaz.

Quedóse, pues, el buen señor don Enrique del Alamo, solo en su alcoba, con más tendencia á cavilar que á dormir.

Y como el dolor sabe que siempre ha de ser recibido, puede que sea esta la razón por la que vienen á nosotros más dolores que placeres. El Dolor dice: *¡Me aguardan! ¡Voy!* Y la Felicidad dice: *¡Me discutirán...! ¡Ya iré otro día...!*

Y un día por otro, se olvida muchos días de venir...

.....

Volviendo á nuestro don Enrique del Alamo, para coger el hilván de esta verídica y estupenda historia, fuerza es ya consignar que el atribulado caballero, solo en su cuarto y á solas consigo, dióse á pensar y á discurrir afanosamente, persiguiendo un rayo de lógica que iluminara aquel laberinto de sus ideas y le guiase por aquella confusión de sus desventuras, pero entre éstas y aquéllas, el enredo se prolongaba con notoria fatiga del magín y con visible cansancio de los nervios, que empezaban ya á rebelarse contra la tiranía de su dueño, viéndose obligados á permanecer inactivos y en forzada quietud mientras la imaginación galopaba desenfrenada. Y como ella, querían ellos galopar y brincar y elevarse de un vuelo por cima del mundo de los vivos y por el espacio de los espíritus inmortales...

Enrique temblaba, no de fiebre, ni siquiera de frío; no, temblaba de pavor; en el tejer y destejer continuo de sus razonamientos había una razón intranquilizadora que tornaba á buscarle, en medio de todos sus delirios, con el poder de una obsesión.

Lo que me ocurre—se decía á sí mismo—es de loco, pero la primera condición de los locos es no saber que lo son. Yo lo sé; luego yo no estoy loco. Y, á partir de aquí, se le enmarañaba el discurso. Si estoy cuerdo—insistía en repetirse—puesto que miro y veo las cosas y las personas tal como ellas son y no de modo distinto ó extravagante... ¿por qué me sorprende y me extraña que las personas sean quienes son y no sean otras...? Yo veo á Juan, conozco á Juan, sé que Juan es mi criado... ¿por qué me sorprende que sea Juan el que entra á servirme y no sea Ramón...? Y si Ramón no está en mi

casa... ¿por qué me causa tal efecto que no entre aquí, cuando lo natural, y yo reconozco que es lo natural, está en que no entre ni pueda entrar en mi cuarto...?

¿Y mis hermanos...? ¿Cómo pueden ser mis hermanos, si han muerto hace tantísimos años que imposibilitan la suposición de que seamos hijos de unos mismos padres...? Y si lo comprendo y si lo razono... ¿por qué sigo creyéndolo...?

Y como la lógica le enredaba más, dióse á penetrar en los terrenos de lo maravilloso por el camino de la fantasía, y allí Enrique se halló más perdido aún, más lejos de toda verdad y de toda explicación. Y acabó por donde debiera haber empezado, por creerse enfermo y por desear inmediatamente acudir á un médico.

Esta resolución le calmó. No cabía duda: era un desequilibrio, á consecuencia de excesos, que le atacara al cerebro y desvariaba; pero como tenía poca importancia y ninguna gravedad, por eso el desvarío duraba sólo unos minutos y volvía la razón. Seguramente, el doctor confirmaría esta hipótesis...

Deseoso de corroborar, con la opinión científica del médico, su propia opinión, echóse rápido del lecho, abrió las ventanas y empezó á vestirse. Siguiendo el monólogo, se inculpaba severamente por su existencia jaranera y agitada.

No era un viejo, pero había vivido muy aprisa. Desde hoy se enmendaba.

Y se juró á sí mismo, solemnemente, como pudiera hacerlo en una iglesia y ante un altar y sobre los Evangelios, la enmienda absoluta y la corrección más exagerada. Como el Cid, cuando la perfidia mancilló á sus hijas, juró por sus barbas blancas...

Gozoso, seguro de reponerse con aquel propósito de huir los devaneos y las bromas trasnochadoras y enervantes, terminó de lavarse, púsose la almidonada camisa y escogió, con coquetería de enfermo, una corbata que no desentonase, que más bien hiciera resaltar la palidez de su cara y las cárdenas ojeras...

Y ante el espejo, aprestóse para hacer un lazo impecable, simétrico, atildado...

Pero apenas se hubo acercado, á la primera mirada, cuando el espejo le devolvió su imagen, lanzó un grito aterrador y de aterrado. No de otro modo, y con mayor pavura, habríase detenido la sangre en sus venas si en el azogado cristal se reprodujera la demacrada efigie de la Gorgona, de la pálida Medusa, dueña y repartidora de tristezas y agonías...

Cuando oyeron el espantable grito de Enrique, acudieron presurosos para socorrerle sus dos fieles servidores, trayendo en sí mismos el temor á lo que ya conocían y el pánico á lo desconocido, que les aguardaba y les sería servido al franquear el dintel del cuarto de su amo.

Y en la puerta quedáronse confusos y atribulados viendo á Enrique desencajado, lívido, con la mirada fija en el espejo y con señal de evidente horror en el semblante.

Un punto repuestos de la incógnita zozobra que les asaltara y no percatándose de peligro visible, pero sí apercibidos para rechazar y defenderse del oculto enemigo que pudiera acecharles, avanzaron unos pasos.

—¿Qué ocurre, señorito...?—preguntó Antonia.

—¿Qué tiene, señor...?—apoyó Juan.

Enrique, sin moverse, sin tranquilizar el rostro ni aun con la presencia de amigos que le pro-

tegerían, y sin desviar los ojos de aquella atracción invencible que le sugestionaba, permaneció un instante absorto, y luego, por toda respuesta, alzó rígido y sin flexión alguna el brazo derecho, señalándoles, con marcada persistencia, el lugar del espanto y la causa de su terror.

Temerosos, lentos y sobrecogidos en la malla del misterio que iba á revelárseles, avanzaron Antonia y Juan.

Miraron; volvieron á mirar... y miraron de nuevo. Y en silencio miraron después á Enrique.

—¿No veis...?—les interrogó Enrique con ansia.

—Vemos, señorito...

—¿Qué veis...?

—A usted... y á nosotros.

—¿Pero, cómo...?

—Como siempre: igual que somos.

—¿Igual? ¿Me veis con mis barbas blancas...?

—¡Señorito...!

—¿No...?

—¡Claro que no...! Le vemos como es y como siempre ha sido, con la barba rubia y el pelo castaño...

—Pero, ¿á quien veis en el espejo...?—clamó Enrique, desesperado.

—A usted.

—¿Pero quién soy yo?

—Don Enrique del Alamo.

—No mires al espejo: mírame á mí. ¿Quién soy yo...?

—Don Enrique del Alamo.

—¿Con barbas blancas...?

—¡No! Con barba rubia; exactamente lo mismo que en el espejo.

—Y no puede ser de otra manera—le dijo ama-

blemente el criado—; que el señor no tinee más que treinta y un años...

—Bien conservados, que ni esos representa— añadió la cocinera, recordando que siempre adereza los platos.

—Y entonces mis barbas blancas... ¿qué se hicieron...?

—Vamos, señorito, tranquilícese...

—Don Enrique del Alamo, con barbas blancas, no es usted, señorito.

—¿Pues quién es?

—El abuelo de usted, el del retrato de la sala, el hermano de doña Dionisia y de don Juan Manuel...

—Pero yo, ¿quién soy...?

—El nieto. Otro don Enrique, joven, fuerte, sin canas ni arrugas...

—¡Me engañáis...!

—¿Y el espejo le engaña también á usted...? ¿No le dice que es usted joven...?

—¿Y por qué me siento viejo...?

—El señorito ha debido soñar é impresionarse demasiado.

Y para deshacer de un golpe el maleficio, Antonia abrió de par en par las ventanas, dejando que el sol y el aire entrasen á borbotones. Una vez la atmósfera del cuarto purificada y hecha la luz soberana señora del espacio en que estaban nuestros personajes, Antonia se acercó á Enrique, cogióle afectuosamente de la mano y, acercándolo al espejo, con esa voz de terciopelo que encuentran las mujeres cuando quieren acariciar con la voz, díjole cariñosa:

—Mírese ahora, don Enrique... ¿Cómo se ve...? ¿Joven...?

—Sí, joven.

—Pues así es, gracias á Dios.

Convencido, Enrique tuvo una sonrisa para su imagen juvenil; pero apenas comenzara á sonreirse, nubláronsele los ojos y de ellos cayeron, abrasadas, dos lágrimas tembladoras...

Enrique se creía viejo y se encontró joven. Antes de entregarse á la alegría, hubo de afligirse por la vejez que le abandonaba. Era un amigo y se despedían...

Por eso lloraba Enrique.

III

Después de aguardar más de una hora á que llegase su turno, en una sala sombría, y rodeado de personas que parecían tranquilas é indiferentes, cuando no aburridas, pero adivinando en todas ellas un oculto malestar y tal vez una incurable lesión, Enrique levantóse presuroso al escuchar su nombre.

—Número once: señor Alamo...

Y llegó Enrique á la presencia del doctor.

Hablaron largamente.

Y después de la dilatada conferencia el doctor se levantó, dando por terminada la consulta.

—Una pregunta, doctor. Con sinceridad...: ¿yo estoy loco...?

—No.

—¿Me lo jura...?

—Bueno...

Y con el pulso firme y la imaginación despreocupada, escribió:

—*Número 117—Enrique del Alamo—Paranoico.* Treinta y cinco años, buena constitución, buen color, sin que tenga síntomas anteriores, ni de-

lirios, ni fiebres. Cree que tiene dos almas: veremos si más adelante le encuentro una siquiera... *Incurable.*

.....

En la calle, Enrique quedóse un momento indeciso, sin saber hacia dónde caminar. La tarde, espléndida y tibia y en calma, invitaba á disfrutarla, como amante engalanada.

Y fuése por las rebosantes calles, á mirar y á ser visto.

IV

Aleccionado con aquella entrevista y temeroso de que su conducta en lo sucesivo pudiera atraerle bromas que le irritaran en demasía y tal vez ocasionarle graves contratiempos, propúsose medir sus palabras, no dejando traslucir jamás ninguna impresión, ocultándolas cuidadosamente, y si preciso fuera, iba decidido á dar crédito á cuanto le dijesen aunque pugnara con la realidad de sus íntimas persuasiones. Era el sacrificio de su personalidad en aras de su reposo.

Aquella advertencia última, aquel *¡cuidado...!*, que repetidamente le exigió el doctor, para que no dieran en achacarle extravagancias y no pensaran en recluirle en un manicomio—porque los hombres están siempre prontos á tachar de locos á quienes no guardan el nivel medio de cordura que unos á otros nos hemos impuesto para vivir en sociedad y burguesamente nivelados—, sonaba en sus oídos como el mayor peligro y á toda costa había de evitarle.

El misterio de su alma, oprimida y esclavizada por la presencia de aquella otra alma que se

le imponía y á despecho suyo le dominaba, no saldría nunca de sus labios.

Y esta resolución, inquebrantablemente acordada, le fortificó el espíritu, con la doble fortaleza de saber lo ignorado y de poder ocultar lo que se sabe, que si es gran consuelo, aun para los más desconsolados, saber de fijo lo que antes nos espantaba como dudoso, todavía es mayor satisfacción la de figurarnos que nadie sospecha de qué modo se engarza el rosario de nuestras desdichas...

La gente, viéndole pasar risueño y alegre, le miraba con un poco de curiosidad.

—Ahí va un guillado...—decían unos.

—Ahí va un hombre contento...—decían otros.

—A ese le ha salido bien algo...—le dijo una chula á otra. Y la otra se apresuró á responder:

—¡Puede...! Pero quizá no le haya salido todavía...

Y un borracho, que estaba preguntándole á un guardia municipal por qué consentía el Ayuntamiento que se movieran las casas, al ver á Enrique tan ufano y gozoso, se encaró indignado con el celeste representante de la autoridad:

—¡Guardia!

—¿Qué...?

—¡¡Guardia!!

—¿Qué, hombre...?

—¿De qué la llevará ese tío...? ¡Para mí que es de coñac, porque estos señoritos se dan una vida que es una vergüenza!

.....

.....

Caminando rápido, por instinto seguía la dirección de su casa y llegó á ella. Subió, llamó, le abrieron y, al entrar, díjole el criado:

—Señorito, hace más de una hora que le aguarda el señor Ceballos.

—¿A mí...?

—En el despacho.

Apresuróse á recorrer la pequeña distancia. Sombrero en mano, y la otra mano tendida...

—¡Buen plantón, chico! Para otra vez, deja un recadito siquiera...

Enrique se detuvo indeciso. Entraba pronto á disculparse por la involuntaria tardanza, con el *usted dispense* casi en los labios; pero se quedó cortado al oir la forma cariñosa y de intimidad con que le recibían. *Por lo visto*, eran amigos íntimos...

Y recordando los consejos del doctor, guardó para sí la extrañeza, y aunque violentándose algo, se animó á tutearle también.

—Dispensa, pero...

—¿Se fué el Santo al cielo, eh...?

—No... es que...

—¿Y vienes pálido...? No me digas más. ¡Dispensado!

Enrique se alegró mucho de no tener que decirle más, entre otras razones, porque no tenía nada que decirle. Lo que es bien triste, tratándose de un amigo íntimo...

—Como te advertí anoche, á las cuatro estaba aquí. Supuse que algo imprevisto te obligara á salir, y mientras regresabas, empecé á pasar revista á los retratos...

En tanto que el intruso explicaba su presencia y las distracciones con que amenizó la espera, Enrique le contemplaba á hurtadillas, queriendo deducir por dónde ó de dónde vendría aquella intimidad entre ambos.

Sí, le recordaba, no era un desconocido, pero

juraría que no hubo jamás lazo de fraternidad... ¡Ya se explicaría y veríamos...!

Pero el señor Ceballos no demostraba prisa por las explicaciones. ¿A qué hora tengo yo prisa...? ¿á las siete...? Pues hasta las siete no tiene nada que hacer nadie...

Convencido Enrique de que no lograba encontrar la causa y origen de aquel afecto del señor Ceballos, lanzóse por el camino de las indirectas.

—¿De manera, que yo te dije que á las cuatro te esperaba...?

—Exactamente. Y en punto he venido.

—Dispensa...

—Entre nosotros, ¿vamos á andar con ceremonias...? Quita, chico, quita.

—Me ofenderé si persistes en disculparte. ¡Ah...! di que me trigan un poco de soda.

—¿Con qué...?

—Como siempre.

—¿Como siempre...?

—Sí; es lo más breve,

—¿Quieres wisky ó coñac...?

—Como siempre. Llama al criado y no te ocupes más de eso.

Enrique obedeció. Vino el criado.

—Sírvale usted al señor Ceballos... como siempre.

Y Enrique no supo contener una mueca burlona, descontando ya la pregunta del criado... pero la mueca se le desdibujó, viendo que efectivamente, le servían sin necesidad de más aclaraciones.

El doble bok era un amigo, un comensal frecuente... No cabía duda.

—Y tú, ¿no tomas nada...?—le preguntó Ceballos.

—¿Yo...? como siempre.

Enrique contestó apresurado: ¡no fueran á notar en él vacilaciones...!

—No es preciso que te recomiende atención: de sobra has de considerar que se trata de algo grave, cuando pido una entrevista, pudiendo hablarte todos los días en el Casino.

—Grave, ya me lo figuro.

—Creo contar con tu amistad, no de hoy ni de ayer, sino de toda la vida, como tú con la mía.

—De toda la vida...—repitió Enrique, que se había constituído en eco.

El hombre gordo, arrellanado en una butaca, quedó un instante silencioso.

Súbito, agitó las manos, cogiendo en el aire fantásticos asideros; movió descompasadas las diminutas piernas; sopló varias veces con rechinar de fuelle, y al fin, en un desesperado esfuerzo, se le vió avanzar desde el fondo hasta el borde de la butaca, y en el borde quedarse satisfecho y sonriente.

Enrique, intranquilizado, creyendo que le ocurría algo grave, al persuadirse de que tantas fatigas se reducían á un cambio de postura, no pudo menos de reirse francamente.

—Perdona, eh...

—¿De qué...? ¿De que soy físicamente ridículo? Ya lo sé. Ríete cuanto quieras, que no serás el único.

Y Ceballos, con pacífica beatitud, aguardó á ver si Enrique se reía aun más. Pero Enrique ya reía.

El primer factor de lo risible y la primera condición de lo burlesco, es indudablemente la seriedad: en cuanto lo ridículo se burla de sí mismo, ya no le queda papel al burlador... ¡Por eso

hay tantos que se apresuran á reirse, anticipándose á la risa ajena...!

—Seguro, pues, de tu amistad—continuó Ceballos—he venido á pedirte un consejo leal.

—Habla...

—Como todo el mundo, estarás tú enterado de mis desdichas, y no voy á mortificarte con detalles enojosos. Es un drama, pero en cuanto interviene el primer actor, que soy yo, el drama rueda rampa abajo y se convierte en un sainete. Estoy decidido á salir de esta situación desagradable y violenta, como sea y costándome lo que me cueste... ¿comprendes...? estoy decidido incluso á la tragedia, á matar, á morir... ¡á todo...! y únicamente me detiene una congoja horrible, el miedo á ir, contra mi voluntad, á la tragedia... cómica. ¿Comprendes...?

Aquello era muy viejo, muy antiguo, y ya ni casi hablaban los comentadores, atraídos por otras novedades.

—Tú me comprendes, ¿verdad...?—prosiguió Ceballos, obstinándose en buscar la aquiescencia de Enrique—. Yo no quiero ir á los tribunales, porque eso le daría á ella la libertad que apetece, después de atraerme un escándalo mayor: no puedo desafiarle, porque en mi vida he cogido un arma en las manos, y él es un espadachín, y el desafío resultaría una bufonada... ¿comprendes...? No puedo sorprenderles y ahogarles, porque no tengo fuerzas físicas, y del primer empujón tiraría conmigo... ¿Qué hago...? Aconséjame... ¡te lo ruego!

Enrique, que no encontraba solución para aquel conflicto casero, y que seguía sin interesarse más que á medias en las malandanzas de su interlocutor, hizo un gesto vago, de esos que

lo mismo significan una profunda lástima que una indiferencia cortés, y apoltronóse en la butaca, dispuesto á oir el final... pensando en sus propios asuntos.

Ceballos, que no necesitaba que le contestaran, bastándole aquel síntoma de atención para seguir el hilo de sus desventuras, internóse veloz por la senda obscura de sus pensamientos.

—¿Y por qué ha de venir á mí este castigo...? No me refiero á la traición, que esa es de humanos y yo soy uno de tantos, si no al efecto que á mí me produce. ¿Doliéndome, porque no tengo medio de curarme...? ¿Ofendiéndome, porque no tengo medios de venganza...? ¿Importándome, porque no acierto á defenderme...?

Y descompuesto, y nervioso y amenazador, no acertaba ya más que á repetir, con monótona desesperación:

—¿Por qué...? ¿por qué...? ¿por qué...? ¿No comprendes tú que es una injusticia enorme...? Si yo tengo el alma templada para sentir las infamias, y el impulso capaz para castigarlas, ¿por qué no tengo el cuerpo y las fuerzas de mi cuerpo en armonía con esos latidos de mi alma...? ¿Por qué esa desproporción irritante é injusta, entre mi envoltura y mi espíritu...? ¿Por qué he de expresar en ridículo lo que siento en sublime...? ¿Por qué, por qué...?

Y como si el brazo del sillón fuese yunque, y él fuese martillo de sus propias ideas, repetía inconsciente, dando golpazos:

—¿Por qué...?, ¿por qué...?, ¿por qué?

Y deteniéndose de pronto en el golpear frenético, como si hubiera resuelto ya el temple de aquel forjado, dejóse caer en el sillón, aplanado y dolorido. Enrique se le quedó mirando. Des-

pués, se echó á reir. El apreciabilísimo y desdichado bock miróle á su vez, profundamente herido en su amor propio ante aquella risa extemporánea.

—Te burlas, ¿eh...?

—No.

—¿Me encuentras ridículo...?

—Tampoco.

—Y entonces, ¿de qué te ríes?

—De lo tardo que eres para adivinar lo más sencillo.

Ceballos se figuró que lo más sencillo podría ser su engaño y su traición é hizo una mueca de resignado.

—¡No; no!—se apresuró á replicar Enrique, comprendiendo el error de interpretación—. No me refiero al hecho, á la situación de tu casa, sino á tu situación personal, clara y fácil.

—Clara, sí...

—¡Jura obedecerme si te revelo el secreto!

—¿El secreto de qué...?—gimió el pobre Ceballos—. ¡Si lo sabe todo el mundo, incluso yo...!

—Fíjate en que no quiero hablarte ni referirme para nada á lo ocurrido entre tu mujer y el húsar. Es húsar, ¿verdad?

—De la Princesa, sí...

—El uniforme es bonito.

Ceballos volvió á gemir. Por lo visto no le agradaba aquel uniforme...

—Quiero explicarte únicamente—continuó Enrique impasible—tu situación, la tuya.

—No te esfuerces en eso: la sé... ¡y es bien deplorable!

—No.

—¿No...?

—Porque tampoco hablo de tu persona.

—¿Pues de qué...?

—De tu alma. De esa desproporción á que tú aludías antes y que explica de sobra el conflicto en que te encuentras.

—Dilo á ver.

—Tú no tienes alma, Ceballos.

—Ya lo sé también. ¡Si la tuviera, le rompería la suya al húsar!

—No lo afirmo en ese sentido. ¿Juras obedecerme?

—Bueno. ¡Te lo juro!

—Pues oye. Las personas se componen de dos elementos: cuerpo y alma.

—Lo sabía...

—Tú no tienes alma, Ceballos. ¿Comprendes ahora...?

—Menos que antes.

—O mejor dicho, sí la tienes, pero es la de otro, no es la tuya, y eso te dará la clave de la mortificante desproporción que tú mismo notas, aunque sin razonarla.

Ceballos se levantó como pudo, y pudo malamente, pues el espanto se añadía á su torpeza física y le dificultaba los movimientos.

—¿Cómo dices, Enrique...?

—Como lo oyes.

—¿Que estoy loco...?

—No. Sencillamente que tu alma no te pertenece, aunque por el momento ó quizá desde hace mucho tiempo la poseas y te guíes por ella. A mí me pasa igual. Yo tengo el alma de mi abuelo Enrique.

Ante aquella igualdad, que no le garantizaba el buen estado de razón de Enrique, Ceballos empezó á sudar de angustia y de miedo.

—Puede que lleves razón y que sea eso... Yo

no tengo mi alma... y entonces el húsar... etcétera.

—Eso es. Si tuvieras el espíritu que corresponde á tu cuerpo no podrían ocurrírsete ideas sublimes ni de exterminio. ¿Las tienes...? Luego evidentemente hay trastorno y falta de equilibrio entre los dos componentes de tu naturaleza. ¿Está esto claro...?

—Sí, sí...

—¿Ahora querrás saber de quién es el alma que está en tu cuerpo...? Pues lo averiguaremos, no te apures.

Pero Ceballos se apuraba y todas sus averiguaciones se encaminaban á buscar la puerta é irse acercando á ella discretamente. Como término de transacción, ocurriósele un recurso feliz y se apresuró á indicarlo.

—Estamos conformes, ¿no es verdad...? Pues te ruego que pienses en mi asunto y yo volveré otro día. Adiós.

V

El criado le entregó una carta y dijo:

—Aguardan respuesta.

«No olvides que hoy te espero á comer para inaugurar la nueva casa. Tuya, M. —Velázquez, 170.»

—Diga usted que está muy bien.

Rebuscando en el arca santa de los recuerdos, en el cajón de los olvidos, no precisaba concretamente á quién correspondía la inicial; pero eso, después de todo, era un detalle... Cuando la viera, completaría las demás letras. Acicalóse, poniendo mayor y más complicada atención en el atildado vestir de su persona, y detenién-

dose en perfiles y en retoques más tiempo del acostumbrado en idéntica faena: encendió luego un cigarro, que debía ser aromático veguero, á juzgar por la complicada y vistosa anilla, pero que no lo era juzgando por el olor, y con la cachaza de todo el que va á donde sabe que le esperan, encaminóse á casa de aquella mujer que firmaba las misivas con una discreta inicial...

Cuando llegó Enrique al número indicado, perplejo ante la dificultad del piso y del cuarto, quiso arrancarse preguntando por la inquilina nueva, pero hizo el diablo que en los mismos días hubiera dos mudanzas.

—¿A qué cuarto va el señor...?—insistía el portero.

A falta de nombre, Enrique echó mano al bolsillo y entregó un duro al portero. Y el portero, dando al botón del ascensor, le dió el nombre al mismo tiempo.

—A la señorita Matilde... Segundo derecha.

Aunque no procedan de Universidad ni hayan cursado filosofía en las aulas, los porteros saben siempre por qué razón va aparejada la propina y el inquilino. Generalmente es una razón de inmoralidad... y cada vez que reciben una propina la aplican ya resueltamente á quien vive sola y es guapa, esperando, en lo porvenir, una confirmación exacta de sus nobles sospechas, que la inquilina suele apresurarse á justificar...

Una criadita, menuda y pizpireta, aguardaba ya á la puerta: las luces, encendidas, demostraban que la visita era esperada también; y Enrique, dejando al pasar su abrigo y su sombrero en el recibimiento, fué introducido ante la gentil presencia de Matilde.

De pie, en el centro de la habitación, estaba Matilde.

A la sonrisa del hada, sonrió el visitante.

—Matilde...

—Bien venido, Enrique. Temía que no recordaras tu promesa y me permití enviarte dos renglones.

—No era preciso.

—¿Te acordabas?

—Sí.

Mentía. Ni aun contemplándola, ni aun teniéndola ante sus ojos, era capaz de reconstruir los lazos que pudieran ligarle con aquella adorable mujer. ¿Qué era Matilde para él...? ¿Una simple amistad de esas volanderas...? ¿Un capricho...? ¿Una pasión...? No acertaba á descifrarlo, pero los términos del problema se presentaban tan encantadores, que no se le ocurrió vacilar en aceptarlos.

—Como tienes costumbre de comer tan tarde, he dispuesto que nos sirvan á las diez. ¿Te parece...?

—Perfectamente.

—Tenemos una hora de charla. ¿No te aburrirás...?

Matilde fué la primera en sentarse. Enrique la imitó, y un instante los dos quedaron silenciosos.

Ella rompió el silencio.

—¿No me preguntas por nadie...?

Enrique no sabía por quién preguntar y optó por volver á sonreirse.

—¿No te interesa ninguna de mis amigas...?

—Ninguna. Sólo tú.

—¿Por qué vienes tan poco entonces?

Tampoco él sabía por qué ni se daba cuenta de haber estado jamás á verla, y como disculpa

infalible y que siempre da el mismo buen resultado, decidióse á exagerar.

—No vengo más, porque me causas miedo. Me gustas demasiado y presiento que un día no sabré desligarme de ti...

—¿Y eso te enojaría...?

—A ti.

—No.

Hubo tal sinceridad y tal firmeza en el acento, que Enrique sintió pasar por las venas un temblor de sangre bullidora y atropellada.

—¿A dónde iríamos, Matilde, dejándonos llevar...?

—A donde tú quisieras.

—¿Y después?

—Después..., no sé. Verdad que no he sabido nunca lo que significa eso, ni he pensado jamás en lo que está distante.

—Y si yo me decidiera á quererte... á quererte, ¿comprendes...? ¿me querrías tú...?

—Sí.

Y otra vez volvió la voz á sonar firme.

—No puede ser, Matilde.

—Por eso no te lo digo yo nunca. Eras tú quien lo decía ahora; perdona que te haya contestado.

Enrique sintió el latigazo, como antes sintiera la ilusión, y molesto consigo mismo por la torpeza, y más aún por llevar la conversación á terreno tan quebradizo, levantóse airado y empezó á pasearse de un extremo á otro de la diminuta sala; pero se cansó pronto de aquellas vueltas cortas, que le mareaban, y de nuevo ocupó su sitio.

Ella, en tanto, inmóvil de busto, parecía hondamente preocupada en subir y bajar el borde

del vestido que mostraba y escondía alternativamente el diminuto pie.

Viendo que él callaba, ella le dijo:

—¿Quieres que cambiemos de conversación...? Continúa siendo uno de mis buenos amigos y nada más.

—¿Uno...?

Y Enrique quiso poner desdén en la pregunta.

Matilde le miró fijamente, y cuando él bajó los ojos, le replicó sin alzar el tono casi:

—El que no se atreve á ser todo, no puede quejarse por ser uno.

—¡Si quiere!

—Si no quiere, menos queja tendrá aún.

Enrique volvió á percibir la atmósfera de torpeza que sus propias palabras iban formando entre ellos, y al mismo tiempo no se atrevía á encauzar el tema, encontrando absurdo que así, de pronto, le llegara tan á lo íntimo las frases de una desconocida.

Matilde debió alcanzar con presteza el sendero que seguían los pensamientos de Enrique, porque se levantó y fuése á él, acercando una silla á la suya.

A media voz, murmurándolo, le preguntó:

—¿A qué te devanas la imaginación tras de fantasías...? ¿Me quieres un poco...?, ¡pues ya es mucho!, no busques más para mí...

¿Era una disculpa que le daba...? ¿Era un reproche...? No supo distinguirlo; pero allí estaban, muy cerca, rozándole, las doradas hebras del soberano pelo y el perfume tentador de la sutil verbena...

Y sintió la pasión. No el deseo, la brutalidad de poseer, sino el ansia enamorada del hombre que quiere amar y quiere amor. Pasó

el brazo por la cintura de Matilde, atrayéndola...

—No me atrevo, Matilde... ¡tendría celos!

—¿De quién?

—De lo pasado.

—Ese no es tuyo, ni siquiera es mío. Si verdaderamente piensas en mí para lo futuro, deja en paz lo pasado, que yo no te lo ofrezco ni tú serás bastante para recogerlo.

—¿Has querido á alguien, Matilde?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo he querido. No sé más razón.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Qué te importa?

—Dímelo.

—Luis.

—¿Luis... qué...?

—Cualquier apellido.

—¡Dilo!

—¡No!

—¿Cómo era..., rubio..., moreno..., alto...?

A un tiempo amando y odiando, Enrique se acercó á Matilde. En los temblorosos labios, que exangües se quedaran, palpitaba la cólera; en los ojos, brilladores de amenazas, surgía brutal la venganza; en el cuerpo todo, convulso, despertárase la fiera, de que llegó la civilización á formar un hombre, y en los momentos trágicos vuelve gustosa á su condición de fiera.

La sacudió bruscamente.

—¿Piensas en Luis...?

—Tú lo has logrado...

—¿Y si yo te mandase que lo olvidaras...?

—Olvidado estaba antes...

—¿Y ahora?

—A pesar mío, no. Tu culpa es, Enrique...

Y la voz que sumisa fuera, tornóse agresiva y dura y rencorosa.

—¡Tú lo has logrado, Enrique...! —repitióle Matilde—y por tu falta hay este fantasma entre los dos, cuando debiéramos hallarnos solos y en buena armonía.

Y la voz se alzaba rencorosa, con más hondo rencor todavía; y alzábase el pecho, en violento respirar; y las venas de las sienes, ahora pronunciadas y visibles sobre el cutis terso, alzábanse también, al circular la sangre en más rápida carrera.

—¡Tuya es la culpa, Enrique! Y ya que has pretendido saberlo, sábelo; ya que te agrada oirlo, oyélo.

La voz de Matilde, amplia y sonora, vibró en la reducida sala, como nota de órgano que suena grave y se prolonga quejumbrosa.

—No te hablo de lo pasado, Enrique, si no de lo presente.

—¿Le quieres aún...?

Y para preguntarlo se le inyectaron los ojos.

—No, yo no le quiero. Es él que me quiere siempre.

—El primer amor, ¿no es eso...?

Y puso ironía en la palabra.

—El primer amor, sí—contestó ella bravamente—. El primer amor, pero no el primer amante.

Y como si fuera un zarpazo, deshizo, con la respuesta acre y punzadora, todo el castillo de las suposiciones candorosas que Enrique se propuso levantar.

—¡Nos quisimos mucho, mucho...; pero él me quiso más!, y cuando llegó para mí la hora del cansancio, de las conveniencias que me obliga-

ban cuerdamente á separarnos, él seguía queriéndome. Me impuse... ¡y cada cual por su camino!

Y mi camino seguí; pero él seguía el mío. Cada vez que nos encontrábamos, al cruzarnos, me saludaba, é invariablemente me decía: «¡te quiero, Matilde...!»

Y durante dos años no me dijo más palabras: «te quiero, Matilde...»

Un día me detuvo un momento: «marcho á olvidarte, que aquí no puedo. Te quiero, Matilde».

Y desde lejos, por tierras y tierras que anduvo como alma errante, me enviaba periódicamente una carta con las mismas eternas palabras. «Te quiero, Matilde.» Y debajo las señas del lugar por donde andaba. ¡Ni una queja, ni un ruego... nada más que las eternas palabras!

Un día dejó de llegar su carta; quince días después recibí otra, firmada por no sé quién... «Señora: por encargo de un hombre que ha muerto, le envío á usted esa carta... Y la carta decía: «¡Muero...!, perdona que no haya dejado de quererte. Luis.»

Aquellos renglones, en que se adivinaba fácilmente el pulso febril y la mano insegura, tampoco traían una protesta, ni una ira, ni una desesperación. ¡Aun pedían perdón...!

Y cada año, al cumplirse la fecha y la hora del día en que recibí esa última carta, dormida ó despierta, alegre ó triste, enferma ó sana, á solas ó con gente, siento como una voz que me dice: «muero...: Perdona que no haya dejado de quererte...»

Y nublados los azules ojos, llevó á ellos el encaje que le servía de pañuelo, para ocultarlos y

que no desmintieran la sonrisa que procuraba dibujar como protesta de aquella historia inoportuna.

—No es más que un recuerdo ya...

Y lo dijo y quedóse muda.

—¡No es un recuerdo, no!—le respondió Enrique, gozándose en atribular á la pobre mujer—. No es un recuerdo; es una traición. ¡No pudo hacerse amar mientras vivía y muerto acertó á traer su espíritu al tuyo y á cobijarse en él, agazapado, esperando la fecha en que turbará tu ánimo, como ladrón que aguarda la noche para robar!

—Enrique, por caridad, no seas cruel con una memoria...

Enrique tuvo una mueca para responder. Ya sabía él bien lo que se decía. Aquello que Matilde atribuía á recuerdos, era la demostración de la presencia del alma de Luis en el alma de Matilde. Otro caso idéntico al suyo.

El mundo está lleno de esas intrusiones: antes no las veía porque no lo sospechaba. Ahora, aleccionado por su propio ejemplo, no le engañaban...

Recuerdos de otros seres, alucinaciones, memorias que vuelven sin que la voluntad las desee, no son memorias, ni alucinaciones, ni recuerdos, no; son almas traicioneras, son intrusos que usurpan el puesto, son enemigos que debemos exterminar. ¡Bien lo sabía él!

Mientras Enrique pensaba en ello y en lo que á ello le condujera más velozmente, Matilde, inquieta y azorada por la expresión hostil que el semblante de Enrique había adquirido en el rumbo complicado de sus ideas vengativas, quiso distraerle, y se esforzó en comenzar nueva con-

versación, apartándose ya de su anterior diálogo. Pero él, amarrado á su cavilación, como esclavo al remo, volvió á reanudarla persistente:

—Yo te querré, Matilde, si echas de ti esa alma: si perdura en ti, estaré celoso.

—¿Sabes tú la manera de alejar un recuerdo, de impedir que entre en el espíritu...? ¡Yo no! A despecho mío, acude... No es más que en un día, en una hora fija, pero esa hora de ese día es suya.

—¡Es que yo te aborreceré toda la vida nada más que por esa hora de ese día!

—Déjame entonces.

—No.

—¿Prefieres que mienta y te diga que se olvidó...?

—Tampoco. Lo conoceré...

—Pues déjame, no hay otra solución, que mucho temo que esa imagen no me abandone sino cuando muera yo.

Y ella misma, aunque no muy convencida de tanto extremo, se estremecio de angustia al ligar eternamente el fin suyo con el final de aquel episodio.

VI

Enrique se acercó á Matilde. Y Matilde, cediéndole sitio en el amplio diván, cogióle una mano y le dijo:

—Qué bobos hemos sido... ¿verdad, Enrique...? ¡Pudiendo hablar de nosotros mismos, perder tantos minutos en perseguir fantasmas...!

—Bien dices, Matilde. Pero confía en mí; el fantasma no volverá, que yo lo alejaré de nosotros.

Era una promesa de amor. ¿Quién, sino el amor de uno, hace olvidar y aleja y ahuyenta el amor de otro...?

—Te querré mucho, Enrique...

—Yo te quiero ya...

—Y seremos dichosos, sin que jamás tengas motivo de arrepentirte.

Y los dorados cabellos, y el sutil perfume de verbena, y el marmóreo busto, embriagaron á Enrique. Y Enrique la besó en los azules ojos, porque tenía ilusión; la oprimió contra su pecho porque tenía ansia; y no supo decirle palabra, porque tenía odio...

Y como ella correspondiera á la amorosa presión, abandonándose á las caricias, que es como ceden las mujeres cuando el hombre no le es indiferente—pues siéndolo, ellas mismas inician y secundan la batalla para terminar antes...—Enrique sintió el vértigo de la carne...

—Tengo ansia de ti...—la decía.

Y con la dulzura, y la calma, y la seguridad del que se cree dueño, aunque sea momentáneo, complacíase en dilatar la posesión para acrecer el encanto, saboreando conmovido el tenue rumor de aquellas palabras, que lo expresaban todo sin mancillar ningún alarmado pudor.

—¡Tengo ansia de ti, Matilde...!

Entonces, con el fino brincar del tigre, lanzóse sobre ella, que cedió esperanzada ante el merecido ataque, y ciñendo las dos manos al ebúrneo cuello, con la rodilla hincada en los palpitantes pechos para dominar el cuerpo, y un pie en el suelo para aumentar el ímpetu, Enrique empezó á oprimirla, á apretar el cuello, y lentamente, estudiadamente, apretaba, apretaba...

—¡Abre los ojos! ¡abre los ojos!

Y como ella no obedeciese pronto, volvió á gritar desesperado:

—¡Abre los ojos, que te mato!

Y los azules ojos se abrieron, y la sorpresa y el espanto volvió á retratarse en ellos...

Enrique seguía apretando el amoratado cuello, y lívido él mismo rugía:

—¡Sal, alma traidora, sal del alma de Matilde...!

Y como el alma no salía, apretaba más para obligarla.

—Huye pronto, huye, deja esa alma en paz... ¡Vete, alma condenada de Luis, vete, vete, vete!

Y para forzarla á salir, apretó más aún el cuello de Matilde, ¡y apretó más todavía, y más y más!

Por los ojos de Matilde pasó como una sombra, como una nube, y Enrique, radiante de júbilo, viendo ya otra vez los ojos tranquilos y serenos, abrió las manos, apartóse de ella, y saltando de inmensa alegría gritaba:

—¡Ya huyó la traidora, ya eres libre! ¡Hosanna, Matilde!

En el diván, el arrogante busto continuaba tendido; el dorado pelo reflejaba sus cambiantes de oro; la sutil verbena perfumaba el ambiente y los claveles rojos, en venganza de haber sido arrojados al suelo, salpicaron la alfombra con gotas de agua que irradiaban destellos de luz como si fueran brillantes ó lágrimas.

Y los azules ojos miraban sin ver...

Y Enrique, cuando las flores cayeron todas de sus manos, salió corriendo para contarles á la luna, y á las estrellas, y á las innúmeras almas que flotan por el espacio, la victoria de un alma sobre otra alma, y el triunfo del amor sobre un recuerdo...

VII

Como este mundo está muy mal dispuesto, es difícil contarle algo secreto á la luna y á las estrellas y á las almas que vuelan por los cielos... Escucharon á Enrique su cántico de triunfo, é interpretándolo mal, detuvieron al triunfador, apenas salido de la casa de Matilde.

La criada alborotaba ya á la vecindad con sus alaridos, y allá fuése la gente á fisgonear, presintiendo un crimen pasional, emocionante, con detalles íntimos...

Pero el doctor, avisado por teléfono, llegó inmediatamente para destruir tan hermosa fantasía.

—¿Un crimen...? ¡No! Aquello no era un crimen. El certificaría la locura de Enrique del Alamo.

Precisamente se trataba de un caso muy bonito y muy curioso, que él certificaría con mucho gusto, ya lo creo.

Y se puso á explicarles á los policías y al comisario, y á su colega, el médico forense, cómo se desarrollaba la demencia paranoica...

Mientras, Enrique se lamentaba de aquella injusticia que con él cometían, deteniéndole arbitrariamente, cuando acababa de libertar á Matilde de una alma traicionera...

Y mientras, los azules ojos, cubiertos por una sábana, aguardaban inmóviles la sábana de tierra con que para siempre se velarían...

ÍNDICE

Páginas

Manuel Linares Rivas. 9
Mientras suena la gaita... 17
Un fiel amador. 25
Querer y no querer. 77
Enrique y el alma de Enrique. 127

BIBLIOTECA
DE ESCRITORES GALLEGOS

Á DOS PESETAS EJEMPLAR

TOMOS PUBLICADOS

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Las mieles del rosal

LUIS ANTÓN DEL OLMET

El encanto de sus manos

MANUEL MURGUÍA

Desde el cielo

PRUDENCIO CANITROT

Ruinas

MANUEL LINARES RIVAS

Mientras suena la gaita...

EN PRENSA

LOS DÍAS MEJORES

por ALBERTO INSÚA

LS
L7356mi

354815

Linares Rivas, Manuel
Mientras suena la gaita,

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED